

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 19. — N° 390.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

La fiesta de san Pedro, patron de los pescadores en Tolon; grabado. — La Bama de noche. — Apuntes biográ-

ficos; grabados. — El pugilato en Inglaterra; grabados. — Revista de Paris. — Sin alma. — Juan Lanas. — Bueno y malo. — Garrotazos. — El Sposalizio, cuadro de Rafael; grabado. — La ciudad de Palermo; grabado. — Estudios de costumbres. — Estatua de Catinat; grabado. —

Los baños de Aix; grabados. — Concurso de Montpellier; grabados. — La esperanza. — Herold. — Anacreontica. — El ferro-carril de Alejandria al Cairo; grabado. — Estatua ecuestre de Napoleon III; grabado.



LA FIESTA DE LOS PESCADORES EN TOLON EN 1860.

La fiesta de san Pedro, patron de los pescadores en Tolon.

El 29 de junio último se celebraba en todos los puertos franceses con las devociones y regocijos de costumbre la fiesta conmemorativa del patron de los pescadores. En el litoral del Mediterráneo y particularmente en Tolon, la fiesta de san Pedro, aunque parece haya perdido mucho de su brillo en punto al ceremonial, es ocasion de que salgan en evidencia ciertos usos locales que se conservan á favor del sentimiento religioso, y que producen una impresion profunda por su sencillez, aun sobre aquellos que no comprenden ni el motivo ni la significacion de tales usos.

Hé aquí la descripción de la fiesta de Tolon á que se refiere nuestro grabado. — La víspera todas las embarcaciones de pesca que estaban en el mar, habian entrado en el puerto. Aquella noche los principales de la corporacion, se dirigieron acompañados de todos los patrones, con tambores y banderas á la cabeza, á la iglesia de San Pedro para asistir á la *Salve* que se canta en honor del santo bendito. Despues de la ceremonia religiosa el cortejo siguiendo al clero parroquial, se fué á una de las plazas para encender una hoguera de sarmientos colocados en pirámide, sobre la cual se desplegaba una hermosa bandera con la mitra y las llaves, atributos de san Pedro. El chisporroteo de las llamas fué la señal de la alegría. Del seno de aquella muchedumbre que habia acudido de todos los barrios de la ciudad salieron gritos de júbilo; la bendicion fué dada en medio del recogimiento mas profundo, y luego comenzaron las diversiones, que consistieron principalmente en fuegos artificiales.

En la mañana siguiente la corporacion entera de los pescadores y las familias, asistieron á los oficios del día, que se terminaron con una hermosa procesion, en la cual llevaban la estatua de san Pedro cuatro jóvenes y robustos marinos. Despues de la fiesta religiosa vino la fiesta profana, es decir, el banquete y el baile, en el cual reinó una alegría extraordinaria. F.

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion.)

Tenian por afortunado aquel con quien yo ejecutaba una de nuestras danzas, y concluida la fiesta que algunas veces me horrorizaba porque habia formado parte de ella la ejecucion de algunos cautivos, volvia á entrar en mi verde retiro, de donde no salia sino pasado mucho tiempo y para una solemnidad semejante.

Yo era feliz.

Pero el buitre de negras alas y de ronco rugido empezó á cernerse por cima del follaje de los árboles que me escondian.

La fama de mi hermosura habia salido de la tribu.

Muchos de los caciques de las tribus cercanas me habian pedido por esposa.

Mi padre habia explorado mi voluntad, y yo me habia negado siempre.

Mi corazon dormia aun.

El amor no le habia despertado ni aun en sueños.

Yo era feliz en mi verde vivienda.

LXXXIII.

Un dia...

Una de mis doncellas mecia la hamaca donde yo estaba reclinada.

Otras dos renovaban el aire con grandes abanicos de plumas de buitre.

Las restantes al fondo de la habitacion cantaban ó referian leyendas maravillosas heredadas de padres á hijos.

De improviso oí cerca la voz de mi padre, á la que contestaba una voz extranjera.

Yo nunca habia escuchado aquella voz.

Era evidente que mi padre se acercaba con un extranjero.

Excitada por la curiosidad, tal vez por la vanidad, salté de la hamaca y me miré á mi espejo.

Estaba mas hermosa que nunca.

Tenia un vestido blanco, ceñido por una faja azul, y en mi garganta, en mis tobillos, en mis brazos se revolaban sartas de coral.

Mis ojos brillaban como los diamantes, y eran dulces como los de los antílopes.

Satisfecha de mí misma salí del baobab.

Al mismo tiempo llegaban á él mi padre y un extranjero, un blanco alto, delgado, ante el cual retrocedí espantada por su aspecto.

La sola vista de aquel hombre me hizo daño.

Aquel hombre, señora, era el marqués de la Roca.

Era ese horrible hombre á quien debo toda mi desesperacion, toda mi amargura, á quien Vd. tal vez deberá algun dia la condenacion de su alma.

Maunca les acompañaba sirviéndoles de intérprete.

— Este extranjero, me dijo Maunca señalando al marqués, es un cacique muy poderoso en su tierra, allá al otro lado de las grandes aguas: es amigo de tu

padre, ha oido hablar de tu hermosura, y quiere conocerle.

Yo no contesté.

Un secreto instinto, un instinto de terror me hacia tener fija la vista en el marqués.

Mi padre, aquel hombre y Maunca se sentaron á la entrada de mi habitacion.

Agolpadas á su puerta estaban mis doncellas, contemplando con curiosidad al marqués.

Este sin apartar de mí la vista hablaba calorosamente con Maunca en un idioma áspero que yo no comprendia, y Maunca trasladaba en nuestro lenguaje á mi padre lo que aquel hombre le habia dicho.

— Itumela parece tan hermosa al señor blanco, le dijo, que la quiere para sí.

— ¿Y cómo la quiere para sí? dijo severamente mi padre.

— El extranjero desea llevarla consigo allá al otro lado de los grandes mares.

— Ramotoos, dijo mi padre, no separará de sí á Itumela: si el cacique blanco la ama, que se quede con nosotros y yo partiré con él mi tata.

Habló Maunca con el extranjero.

Despues dijo á mi padre:

— El cacique blanco no se opone á que tú acompañes á Itumela. Puedes ir con ella, con tus mujeres, con tus parientes, con tus riquezas.

— Es decir, que el extranjero tendrá entonces en vez de una esclava, ciento, una tribu entera, que en vez de ser comprada se entregará á él con todo el marfil, con todas las pieles, con todas las riquezas que posee.

— El señor blanco tiene en América grandes praderas donde tú seras señor.

— ¡No! dijo mi padre.

Maunca volvió á hablar con el marqués.

Yo estaba llena de terror y de ansiedad.

El marqués me miraba de una manera que me oprimia el alma.

Despues de haber hablado con el marqués, Maunca dijo á mi padre:

— El extranjero te ofrece porque consentas en que tu hija le acompañe, un fusil y un sable para cada uno de tus guerreros: pólvora y balas en tanta cantidad, que puedan estar disparando durante un año sin cesar contra tus enemigos sin que se agoten: además de eso te dará cuatro cañones de bronce.

Al oír el ofrecimiento de los cañones, mi padre, á quien yo habia oido decir que por un solo cañon daría la mitad de su tribu y la mitad de los dedos de su mano derecha, dejó ver en su semblante una expresion de alegría que me aterró.

Le creí capaz de sacrificarme á su ambicion.

— ¡Cuatro cañones! ¡si yo tuviera cuatro cañones seria el gran cacique á cuyos piés se arrojarían pidiéndole gracia todos los caciques sus enemigos! ¡con cuatro cañones, Ramotoos cubriría de cabañas tuyas las dos riberas de su rio hasta el mar!

— ¿Pero Ramotoos habria vendido sangre de su sangre? dijo rápida y severamente Maunca.

— ¡No! dijo vigorosamente como despertando de un sueño mi padre: Itumela no dejará la sombra de su árbol: no verá el cielo de otras tierras enemigas: Itumela morirá pasados muchos inviernos en el hogar en donde ha nacido.

Volvió á hablar Maunca con el hombre blanco.

Contestó este, y Maunca dijo á mi padre:

— El cacique de las grandes praderas del otro lado de los mares te pide á Itumela por esposa.

— ¿Y se quedará con nosotros? dijo mi padre.

— No: el cacique blanco permanecerá durante una luna todos los años en la cabaña de Itumela y se volverá despues á sus praderas.

— No, por los dioses del trueno y del rayo, exclamó mi padre poniéndose irritado de pié: yo he oido el silbido de la serpiente: yo la he sentido deslizándose junto á mi pié: Itumela no será la burla del blanco: que la serpiente astuta se aleje, ó Ramotoos pondrá su talon sobre su cabeza.

Y mi padre con un ademan de desprecio, indicó al marqués que se retirase.

El marqués se puso lívido de cólera, se levantó, me lanzó una mirada que aun no he podido olvidar y que me heló de terror, y se alejó lentamente.

Mi padre me abrazó.

— Ramotoos, me dijo conmovido, ama á su hija: todos los fusiles y todos los cañones de los blancos no valen una lágrima de Itumela.

Mi padre y Maunca se alejaron.

LXXXIV.

Pero continuamente desde aquel dia, á donde quiera que miraba, ya fuese á la sombra del fondo de mi vivienda, ya al espeso follaje del bosque que la rodeaba; ya al fondo del arroyo, veía la mirada horrible de los verdosos y mates ojos del marqués fijos en mí.

No habia podido olvidar á aquel hombre.

De noche al mas leve ruido me despertaba asustada. Me parecia sentir los pasos del cacique blanco que se acercaba cauteloso como el tigre, que se lanzaba sobre mí, que me arrebatava, que me llevaba consigo, que me devorava.

Yo habia visto en la mirada de aquel hombre una resolucion horrible de hacerme suya.

Yo en su última mirada habia entendido esta palabra:

« ¡Volveré! »

Yo creia al cacique blanco mas poderoso que mi padre.

Yo estaba segura de que volveria, y pensaba con terror en su vuelta.

LXXXV.

Algunas lunas despues de haber conocido al marqués, vino mi padre una mañana á mi baobab, y me mandó que me pusiese mis mejores galas.

Una de mis hermanas se casaba con el hijo de un cacique vecino.

Yo asistí al casamiento.

Durante él, cuando al son del tan-tan danzaban nuestros guerreros con nuestras doncellas, se oyó de repente acercándose al tata la carrera de algunos caballos.

Poco despues apareció un joven guerrero, sobre un hermoso caballo negro.

Sobre su frente, tres plumas de buitre demostraban que aquel guerrero era cacique.

Iba vestido con una túnica de seda encarnada, ceñida por una faja de hermosos colores, y en aquella faja se veía un sable de oro.

Cubrian sus piernas botines de piel de antilope bordados de seda y oro, pendia de su cuello sobre su pecho un largo collar de corales, y en la silla de su caballo se afianzaba un largo fusil.

Le seguian doce guerreros cubiertos de galas y tambien á caballo, y doce cautivos que traian sobre sus cabezas grandes calabazas llenas de leche y miel, y en las manos telas de algodón.

Entre las dos hileras de estos cautivos, venian seis vacas blancas con sus terneros.

— ¡Es Moene-Dilolo! exclamaron con alegría nuestros guerreros dejando la danza y corriendo al encuentro del recién llegado: ¡es el poderoso cacique del lago que trae su presente á la novia!

Y mi padre salió tambien á su encuentro, aunque menos alegre que nuestros guerreros.

LXXXVI.

Al ver á Moene-Dilolo sentí una turbacion inexplicable, una impresion enteramente contraria á la que habia causado en mí la vista del marqués.

El amor me habia hecho sentir su ardiente ósculo.

Con él me habia abrazado el alma.

Yo no sabia que lo que experimentaba, aquella turbacion, aquella alegría misteriosa á la vista de un hombre, aquel placer recóndito que enlanguidece el alma, era amor.

Yo no conocia el amor.

Despues de haber amado mucho tiempo, supe que amaba.

Me lo explicaron á un tiempo la palabra de Dios y la palabra del hombre.

El sacerdote cristiano que arrojó sobre mi frente el agua de redencion; y Moene-Dilolo, con la ardiente y enamorada palabra del esposo.

LXXXVII.

En nuestro ardiente suelo africano, señora, continuó Rosalia despues de un momento de doloroso silencio, se contrae en un solo instante, al primer destello de una mirada, un amor eterno; un amor que debe pasar mas allá de la tumba y continuarse en el cielo; un amor que constituye toda la ambicion, todos los deseos, todas las esperanzas, todas las felicidades de una criatura.

Así amé yo á Moene-Dilolo desde el punto en que le ví.

Así le amo todavia.

Habia yo reparado en él, antes de que él pudiese reparar en mí.

Habló con mi padre amistosamente, saltó del caballo á tierra, saltaron de los suyos sus guerreros, y se adelantó hácia el tata para saludar á la novia, para quien como vecino y amigo de mi padre traia su presente.

Yo ocupaba sentada delante del tronco de abedul en que se afianzaba el techo circular del tata, el lugar sagrado que solo puede ocupar el cacique ó un hijo suyo querido.

Yo estaba deslumbrante engalanada, con mucha mas riqueza que la novia, que mi hermana que estaba á mi izquierda, y Moene-Dilolo se equivocó.

Me tomó por la desposada, y en vez de dirigirse á mi hermana Bogoring se dirigió á mí.

Cuando estuvo á poca distancia, se detuvo de repente como sorprendido, se estremeció, y fijó en mí una mirada de angustia.

Yo le comprendí.

Moene-Dilolo habia sentido por mí al verme, lo que yo al verle habia sentido por él.

Comprendí que le causaba un dolor agudo el verme próxima á ser esposa de otro hombre.

Yo, sin poderlo evitar, le envié mi alma en una mirada.

— ¡Qué! me dijo asombrado y con la voz trémula por la ansiedad: ¿no eres tú, hermosa doncella, Bogoring, la esposa de Lebituan?

— No, dijo Lebituan sonriendo y señalando á Bogoring, mi esposa es esta: esa otra doncella, es Itumela, mi hermana, la hermana de Bogoring, hija de Ramotoos.

Sentí no sé por qué misterio dilatarse el alma de Moene-Dilolo, que se acercó á mi hermana, la dijo un largo discurso á propósito de su casamiento, la deseó

una larga descendencia y todo género de felicidades, y acabó por ofrecerla como amigo y vecino de mi padre el presente que había llevado para ella.

Después, como acabada esta ceremonia continuase la danza interrumpida se acercó á mi, y prodigándome los mas vehementes elogios, me rogó que tomase parte en la danza con él.

Asistió á mi lado al banquete de la boda, y cuando al ponerse el sol los nuevos venidos acompañados de toda la tribu se trasladaron conduciendo á Lebituan, á Bogoring y á los suyos hasta el límite de las praderas de mi padre, desde donde partieron los desposados y los suyos hacia su tribu, Moene Dilolo me dijo en voz baja:

— Lucero de la noche, ¿podría alegrarse mi alma con tu hermosura? porque yo te amo, y necesito verte para vivir.

— Un arroyo pasa por mi bosque, le dije: cuando sale de él, atraviesa una pequeña pradera y va á pararse en otro bosque: en uno de sus senos el arroyo hace un estanque: aquel estanque es el baño de Itumela: Itumela va al estanque del bosque cuando el sol está en lo alto.

Y temerosa de que reparasen en mi conversacion con el rey del lago me separé de él, y fui á reunirme á mi padre.

Cuando llegó la noche, cuando nada se oía mas que el zumbido de las hojas de los árboles y los lejanos ruidos de los leones, yo recostada en mi hamaca pensaba en Moene Dilolo, anegada mi alma en su recuerdo. Por la primera vez olvidé al horrible cacique blanco.

Yo amaba, y mi amor lo dominaba todo.

Yo era entonces mas feliz que nunca.

Lo era tanto, que no había podido adivinar que existía sobre la tierra tan grande felicidad.

LXXXVIII.

Al día siguiente fui con mis doncellas al baño, Las hice detenerse antes de llegar á él, y adelanté sola.

Las largas hojas de los bambues, de los cacteos y de los abedules cubrian el pequeño estanque cristalino.

Yo me senté á su orilla sobre una piedra.

Me causaba disgusto, mejor dicho, se resentía mi altivez al ver que no había encontrado allí esperándome impaciente al rey del lago.

Yo me había ensoberbecido por el exagerado amor de mi padre, por las predilecciones de que era objeto, por los continuos homenajes de uno y otro cacique fuerte, rico y valiente á quienes había desdenado.

Este desden mio había traído á mi padre mas de una guerra, causada por el despecho de mas de un cacique ofendido por mi negativa.

Cuando yo había allanado mi altivez á las palabras de un hombre, mi altivez se había lastimado creyendo que aquel hombre no sentía por verme la impaciencia que yo sentía por verle á él.

Pero apenas me había sentado, cuando frente á mí se abrieron las ramas de dos mirtos y apareció Moene Dilolo.

¡Ah! ¡me esperaba! ¡pero me esperaba oculto!
El señor del lago era digno del despecho que al no encontrarle en el lugar de la cita había sentido yo.

LXXXIX.

¡Ah! ¡señora! el recuerdo de aquellos días, de aquellas entre estas amantes, dulces, puras, en aquel lugar delicioso, me amarga el alma, vierte sobre ella una hiel emponzoñada.

El amor noble y sublime de Moene Dilolo me hizo cristiana: él lo era y él fué mi irresistible misionero.

Moene Dilolo me arrancó de la abyección de la materia, ennobleció mi alma, haciéndome comprender con la paciencia y la perseverancia del amor, con su sencilla elocuencia, la sublime doctrina del Evangelio: abrió mi alma á la virtud, la preparó para el sufrimiento y para el martirio; me hizo ver en la inmensidad del cielo, el espacio que separa á nuestro cuerpo del trono de Dios, y á donde nuestra alma puede subir por medio de la oración; y en las buenas acciones formó mi conciencia, completó mi fe: después de Moene Dilolo, los misioneros tuvieron muy poco que hacer.

El amor dulce y amado de mi esposo me hizo cristiana.

Pero cristiana protestante.

Todos los misioneros que penetraban en el Africa del Sur remontando el Senegal eran ingleses.

El amor horrible del marqués me hizo católica.

El amor horrible del marqués me constituyó en lo que soy.

Una mujer en estado de comparar la civilización europea con el embrutecimiento de los hijos de su patria.

Era muy joven cuando salí de Africa.

Desde entonces han pasado diez años.

En esos diez años he recorrido la mayor parte de Europa, se ha apurado para mí la enseñanza, se me ha rodeado de fausto: cuando he caído bajo el látigo del capataz, era una mujer completamente educada: una hermosa negra redimida de su barbarie: una mujer completamente distinguida y esencialmente notable por el contraste de sus maneras europeas con su color de raza.

XC.

— Y en efecto, Andrés, dijo Margarita interrumpiendo

la marcha de los sucesos de su narración; Rosalía era una dama completa: una dama negra, es cierto, pero tentadora por su hermosura especial.

Fina, inteligente, distinguida, de ingenio cultivado, bastante música para que se la escuchase con placer cuando se sentaba al piano, con una voz dulce, simpática, sentida, argentina, que comunicaba á su canto una magia indecible, Rosalía era en toda la extensión de la frase una señorita admirablemente educada.

Y digo una señorita, porque Rosalía era muy joven. Apenas tenía veinte años.

Cuando yo la arranqué moribunda de las manos de Melchor era un esqueleto.

Sus cabellos ondeados y ligeramente lanosos estaban entrapados por decirlo así de polvo, rígidos, enmarañados.

Su piel intensamente negra, deslustrada por la demacración, por la fiebre continua, se había puesto áspera.

Sus ojos, empañados por el llanto habían contraído la inmovilidad de la atonía, de la imbecilidad.

Era un esqueleto.

Parecía vieja.

Profundas cicatrices surcaban aquella piel arrugada, áspera, escabrosa.

La miseria mas horrible la había dado un aspecto repugnante.

Después, cuando yo me prevalí de la omnipotencia que me daba en la hacienda el tenaz empeño del marqués por mí, empezó á restaurarse, por decirlo así, aquella flor marchita.

Y digo aquella flor, porque Rosalía era hermosísima.

A pesar de su tipo de raza, podía enamorar á un europeo, y enamoraba en efecto á cuantos la veían.

Era alta, esbelta; tenía esa majestad que da á toda criatura, cualquiera que sea la región y la sociedad en que haya nacido, la costumbre del dominio.

Cuando Rosalía se vió sujeta al látigo, la dignidad, la distinción, eran ya en ella una costumbre.

Jamás he visto unos ojos tan poderosos, tan grandes, tan bellos, tan elocuentes ó tan fieros como los de Rosalía.

Jamás unas pestañas que hayan dado tan lánguida sombra á esos hermosos ojos.

La forma de su semblante tenía los rasgos magníficos de las antiguas estatuas egipcias.

Esa boca de gruesos bellos, esa nariz ancha y deprimida, esa frente fuertemente aplastada del negro del golfo de Guinea, no existían en ella.

Sus labios sumamente rojos, eran un tanto gruesos, pero esto mismo daba á su pequeña boca un poder de fascinación indefinible.

Su piel era negra, negrísima, mate, tersa, semejante al ébano sin pulimentar.

Y en cuanto á su cuello, á sus hombros, á su seno, á todas sus formas en fin, había que admirar una corrección perfecta y una morbidez encantadora.

Mis cuidados, mi amor, mi protección, mi ardoroso afecto, la habían restaurado: á los seis meses de tenerla yo junto á mí era una reina negra: una especie de reina de Saba, esto suponiendo que la reina de Saba hubiera sido tan hermosa como Rosalía.

Rebosaba en ella una juventud brillante.

Su enérgica organización no había necesitado otra cosa, sino que se cuidase de ella, á despecho de su alma, que yo no había podido restaurar, porque solo Dios vuelve la paz al alma del infortunado, haciendo cesar su infortunio.

Y para ello hubiera necesitado Dios hacer un milagro.

Rosalía había experimentado desgracias irreparables.

Y esta misma tristeza sin consuelo de su alma, aumentaba su hermosura dándole un poético tinte de languidez, de sufrimiento apurado, concentrado, pero sufrido con valor y con altivez.

Pero continuemos su historia.

Necesito que por la historia de Rosalía antes que por la mía propia, comprenda V. con cuánta razón Dios ha huido del marqués constituyéndole en el horrible estado de expiación en que se encuentra.

XCI.

Rosalía continuó.

— Al poco tiempo de nuestras secretas entrevistas Moene Dilolo y yo, necesitamos que el secreto desapareciese.

Hacer una vida comun.

Vivir el uno para el otro bajo un mismo techo, y seguir el camino de la vida, el uno á par del otro, asidos de la mano.

El señor del lago me hizo conocer su propósito de pedirme al día siguiente por esposa á mi padre.

XCII.

Al siguiente día á la puesta del sol, mi padre entró en mi baobab.

Hizo salir á mis doncellas, y se quedó solo conmigo.

— Vas á cumplir catorce años, Itumela: ya hace mas de tres que los caciques mas fuertes me ruegan por tí, sin conocerte (tanta es la fama de tu hermosura), te desean todos: siempre como ahora, antes de responderles te he dicho sus pretensiones.

— ¿Y quién me quiere ahora por esposa? pregunté afectando una gran indiferencia, aunque mi corazón latía violentamente.

— Le conoces, has danzado y hablado con él.

— ¿Cuándo?

— Cuando tu hermana Bogoring salió de su cabaña para vivir la cabaña de Lebituan.

— No me acuerdo.

— Tendré una mala guerra si te niegas, porque el que te pretende ahora es el poderoso señor del lago, nuestro vecino.

— Dicen que es cristiano.

— ¿Y qué mas da? ¿no es poderoso? ¿el que es poderoso, no puede tener tantos dioses como quiera?

— ¿Querrá que yo sea cristiana!

— La mujer debe obedecer al marido.

— Temo si me niego que tengas una nueva guerra.

— ¿Consientes?

— Sí, por tu paz: dices que es tan fuerte...

— Sus piraguas cubren el lago, y sus guerreros las praderas.

— Por tu vida consiento.

— Podrá venir á robarte, á ponerte sobre su caballo..

— Que venga en buen hora.

— Vendrá pasados tres días.

Y mi padre contento por mi sumisión, por mi docilidad, ignorando que mi consentimiento era hijo de mi amor, me abrazó y salió vivamente alegre del baobab.

XCIII.

La fórmula de los casamientos en la mayor parte de las tribus del Africa del Sur, es la siguiente:

El que ha elegido una doncella para hacerla su esposa, lleva durante la noche una ternera blanca á la puerta de la choza de su madre, ó á falta de esta, á la de su padre, y la ata.

Se oculta en un sitio desde donde puede ver sin ser visto, y si al amanecer, el padre ó la madre de la elegida sueltan la ternera y la sacuden para que se aleje, es señal de que no quieren casar á su hija.

Si por el contrario la meten dentro de la cabaña, el pretendiente puede llegar, entrar y hacer su demanda.

La demanda consiste en lo siguiente:

— Mi cabaña está sola y desamparada: en su hogar no arde el fuego, y las noches son para mí tristes y largas.

Si los padres no aceptan, le dicen:

— ¿Porqué no has puesto tu señal en la cabeza de la ternera? Si hubiéramos sabido que era tuya, la hubiéramos ahuyentado.

El pretendiente recobra su ternera y sale.

Si los padres aceptan al novio, le dicen:

— Toma de entre nosotros á la que ahuyentará la soledad de tu cabaña y hará lucir tu hogar.

A este consentimiento responde el novio con un nuevo regalo, y aquella misma noche, se presenta armado en la puerta de la elegida para robarla.

Sus parientes y sus amigas pretenden impedir el robo, y se traban á la puerta una lucha ficticia.

Mas que una lucha una especie de danza guerrera, que se termina dando el novio algunos regalos á los que se oponen á que entre en la cabaña.

Los que resistían se consideran vencidos y huyen.

Entonces el novio entra, arrebatada á la novia y la monta en su caballo.

Sucede otra nueva lucha.

Los parientes, y no solo los parientes, sino á veces la tribu entera de la novia, rodean al caballo sobre el que montan los dos ya casi esposos.

El novio vence, arrojando á sus acometedores algunos regalos sobre los que estos se arrojan, y aprovechándose de este momento de tregua, huye con la novia y la lleva á su cabaña.

De este modo se efectuó mi casamiento con Moene Dilolo.

No hubo mas diferencia que la de que los regalos fueron magníficos, como era de esperar del rico y propietario rey del lago.

Dicenas terneras blancas, una gran cantidad de oro en polvo, infinitas piezas de telas de algodón, gran número de colmillos de elefante, y sartas de corales y bujías, hé aquí lo que Moene Dilolo prodigó para obtener el derecho de llevarme consigo á su tribu.

XCIV.

Encontré hermosísima la aldea de Moene Dilolo.

Se extendía en la ribera de un extenso y azulado lago, sobre una magnífica pradera en que pastaban numerosos rebaños.

Al límite de aquella pradera y en derredor del lago se ostentaba rica, majestuosa, la infinita variedad de árboles de nuestras selvas.

Yo estaba acostumbrada al sombrío espacio de mi retiro, cubierto siempre por un espeso follaje, y aquel espacio extenso abierto, aquel alegre lago en que se reflejaba el cielo, aquella extendida pradera me parecían hermosísimos.

Además las cabañas de la aldea de Moene Dilolo estaban mejor construidas, eran mas grandes, mas limpias que las que yo había visto hasta entonces.

Los súbditos de Moene Dilolo parecían mas hermosos: estaban mejor vestidos, mejor armados: parecían mas ricos.

Las cabañas se extendían en una sola línea sobre la ribera circular del lago: en el centro de esta línea había algunos buenos edificios.

Los misioneros ingleses habían dirigido su construcción.

En el centro habia un edificio cuadrado, sencillo, pero de muy buen aspecto, era la iglesia: un vestibulo le precedia: aquel vestibulo servia de tribunal á Moene-Dilolo.

Sentado en una especie de estrado levantado á alguna altura sobre el pavimento, oia á los suyos, atendia á sus reclamaciones, arreglaba sus diferencias; era en fin un rey de los tiempos primitivos.

Los misioneros á su vez tenian una omnimoda influencia sobre Moene-Dilolo, é intervenian en todo.

El consejo de los ancianos de la tribu era pues inútil: habia quedado reducido á una fórmula.

Todas las tardes á puestas del sol, los habitantes de ambos sexos de la tribu concurrían á la iglesia.

Un misionero leia el evangelio y le explicaba durante una hora.

Despues cada familia se retiraba á su cabaña.

XCV.

Unidas á la iglesia estaban las habitaciones de los misioneros.

Estos eran cuatro.

Sus esposas y sus hijos constituian una pequeña tribu.

Ellos instruian en la escuela á los hombres.

Ellas á las mujeres.

XCVI.

A la derecha de la iglesia y separada de ella habia una extensa habitacion que podia llamarse el palacio.

En ella habitaba Moene-Dilolo.

Era una casa completamente construida á la inglesa, pero que solo constaba de un piso bajo, con un hermoso jardin cultivado bajo la direccion de los misioneros, y situado hácia la pradera.

Una fuerte empalizada rodeaba esta habitacion.

Moene-Dilolo me llevó á unos alegres aposentos.

Las telas preciosas que para mi y por consejo de Maunca habia obtenido mi padre de los mercaderes europeos, cubrieron las paredes y el pavimento de aquellas habitaciones.

Yo, valiéndome de la frase de uno de los misioneros, estaba *confortablemente* alojada, como pudiera haberlo estado en la ciudad del cabo una rica lady.

Las habitaciones de Moene-Dilolo eran mas extensas, pero mas severas.

Sus paredes estaban cubiertas de armas y trofeos de caza y guerra.

Allí se veian el arco y la flecha del pais, al lado del hermoso fusil inglés de percusion.



EL CORONEL TURR, comandante del estado mayor general de Garibaldi.

Además de estas habitaciones, estaban adheridas al palacio las de la guardia particular de Moene-Dilolo.

Se componia esta de cien hombres, lujosamente vestidos á la usanza del pais, armados á la europea, y provistos cada uno de un caballo.

Otros doce caballos estaban reservados al uso particular del señor del lago.

Por todas partes se veia la influencia de los misioneros: por todas partes se reflejaban las costumbres europeas, en cuanto lo permitian los medios de que podia disponer Moene-Dilolo.

XCVII.

Esto era demasiado imprudente.

Los misioneros en su afan de plantear la civilizacion en el centro mismo del Senegal, se habian olvidado de todo: no habian pensado en que el aislamiento los hacia débiles.

Encontraron al rey del lago predispuesto á escucharles, le convirtieron con facilidad, le hicieron cristiano, y se apoyaron en su valor y en la energía de su carácter para bautizar á toda su tribu, que repetia sin comprender las palabras del evangelio, traducidas al idioma del pais.

Moene-Dilolo desde que fué cristiano repudió á sus mujeres y las volvió á sus tribus, atrayéndose por este acto la enemistad de muchos caciques.

(Se continuará.)

Apuntes biográficos.

EL CORONEL TURR. — PEDRO SIMONS.
— NINO BIXIO.

El coronel Esteban Turr nació en 1822 en Baja Hungría. Se alistó como voluntario en un regimiento de infantería húngara, y al cabo de algunos años alcanzó el grado de sargento primero, y estaba propuesto para el de subteniente cuando estalló la revolucion. Al primer movimiento de la Italia, Esteban Turr pasó al Piemonte, y fué encargado por el rey Carlos Alberto de organizar y mandar la legion

húngara. En calidad de comandante de esta legion, Turr tomó parte en la batalla de Novara.

Esteban Turr se trasladó despues al gran ducado de Baden en cuanto estalló la revolucion, y aquí fué promovido al grado de coronel.

Del gran ducado de Baden pasó á Londres, y luego fué sucesivamente á Constantinopla y á Valaquia. En Valaquia fué cogido y enviado á Hungría donde fué condenado como desertor. El gobierno británico medió para que le pusieran en libertad.

En la guerra de Italia el coronel Turr, amigo íntimo de Garibaldi, le siguió á Varese, y en esta última campaña salió gravemente herido de un balazo en el brazo derecho. Hoy Turr es comandante del estado mayor de Garibaldi.

Esteban Turr es un arrogante mozo, alto y derecho. Tiene el aire y la fisonomia del soldado.

Hablemos ahora de Pedro Simons, que tomó mucha parte en la construccion de los ferro-carriles belgas; hace diez y siete años Pedro Simons moria en medio del Atlántico á bordo de la *Luisa Maria*, que iba con destino á la América central.

Cuando á principios de agosto de 1843 se esparció esta noticia en Bélgica, fué recibida con un sentimiento de profunda tristeza. Efectivamente, hombre entendido y probo, tan notable por su mérito como por su modestia y su bondad, Pedro Simons no podia menos de ser llorado.

M. Ch. Rogier, ministro del Interior, que mas que nadie habia sabido apreciar su talento y sus cualidades, puesto que con su ayuda defendió ante las cámaras la ley del 1º de marzo de 1843 y presidió á su ejecucion, quiso rendir á su memoria un homenaje merecido. A consecuencia de un informe dirigido por él al rey, de concierto con M. Van der Stichelen, ministro de Obras públicas, se decidió que se pondria el busto de

Pedro Simons en el salon de los viajeros del ferrocarril del Norte en Bruselas. — La inauguracion tuvo lugar el 15 de mayo á las diez, en presencia de los dos ministros que firmaron el decreto, de todos los funcionarios del departamento de Obras públicas, y de los miembros de la familia del ilustre ingeniero.

Nuestro último dibujo representa el medallon de Nino Bixio, comunicado por su hermano M. Bixio, ex-ministro del Comercio en Francia. Antes de combatir como uno de los principales capitanes de Garibaldi, Nino Bixio habia servido con distincion en calidad de oficial de la marina sarda. Durante la campaña de Italia, Nino Bixio fué con Medici, Malenchini, Turr y otros varios, uno de los jefes mas populares del pequeño ejército de Garibaldi. El mandaba uno de los dos buques que llegaron á Marsala. En Italia y en Francia se difundió últimamente la noticia de la muerte de Nino Bixio, pero por fortuna hasta el dia no se ha confirmado. P. P.



PEDRO SIMONS, ingeniero belga.



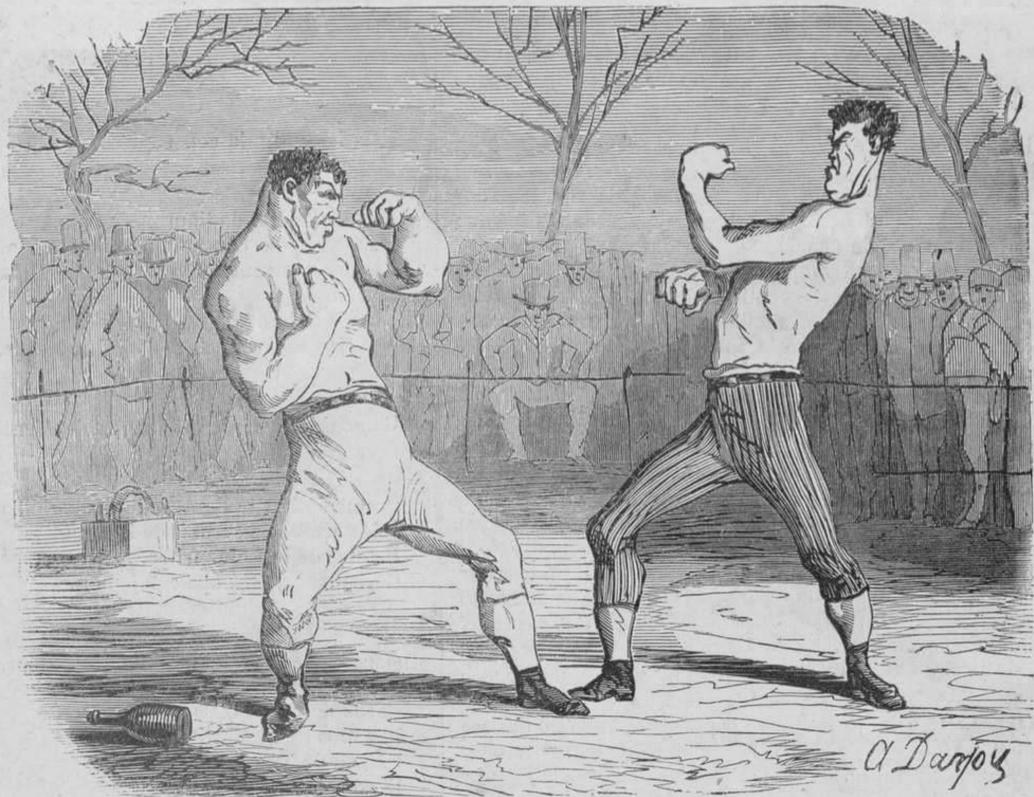
NINO BIXIO.

El pugilato en Inglaterra.

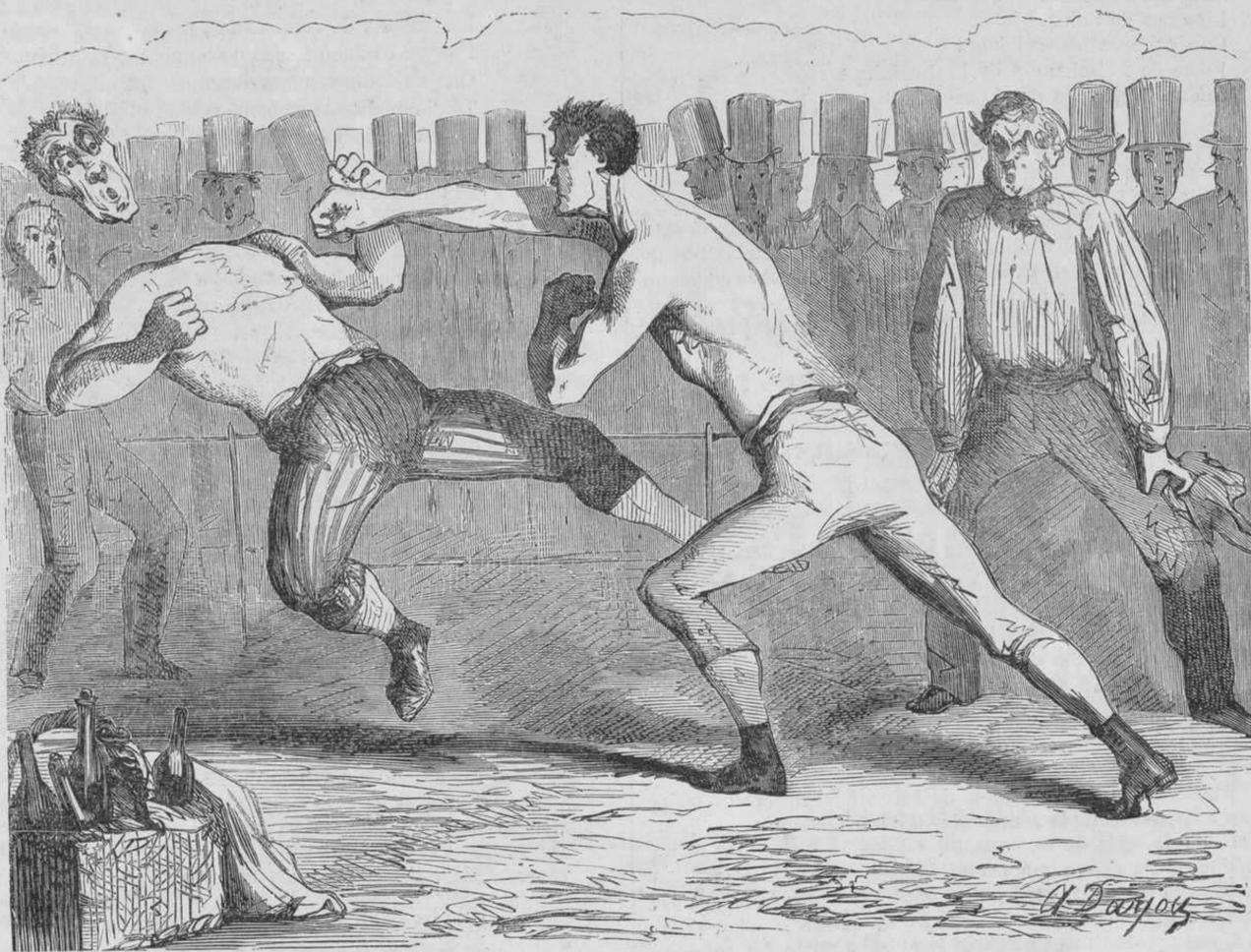
En vano las leyes inglesas prohíben terminantemente los combates á puñadas. Todos los días se eluden estas leyes,



EL SALUDO ANTES DEL COMBATE.



PRELUDIO DEL COMBATE.



LA ACCION.

porque el espíritu nacional mas fuerte que ellas en este punto, no puede acostumbrarse á obedecerlas. No pudiendo la justicia en Inglaterra entender legalmente en un delito, sin que haya habido acusacion expresa, firmada por cierto número de ciudadanos recomendables, los periódicos anuncian á menudo el sitio y la hora en que habrá un asalto entre dos pugiladores célebres, y casi nunca interviene la policía, porque jamás se ha presentado el caso de acusacion previa.

El arte de reñir á puñadas se aprende en Inglaterra como en otros países se aprende á tirar el florete.

Este combate tiene sus reglas que no pueden infringirse. El arte del campeón consiste en mantenerse cubierto, lanzando al mismo tiempo á su adversario puñadas dirigidas á la cara y sobre todo al pecho. ¡Combaten desnudos hasta las caderas.

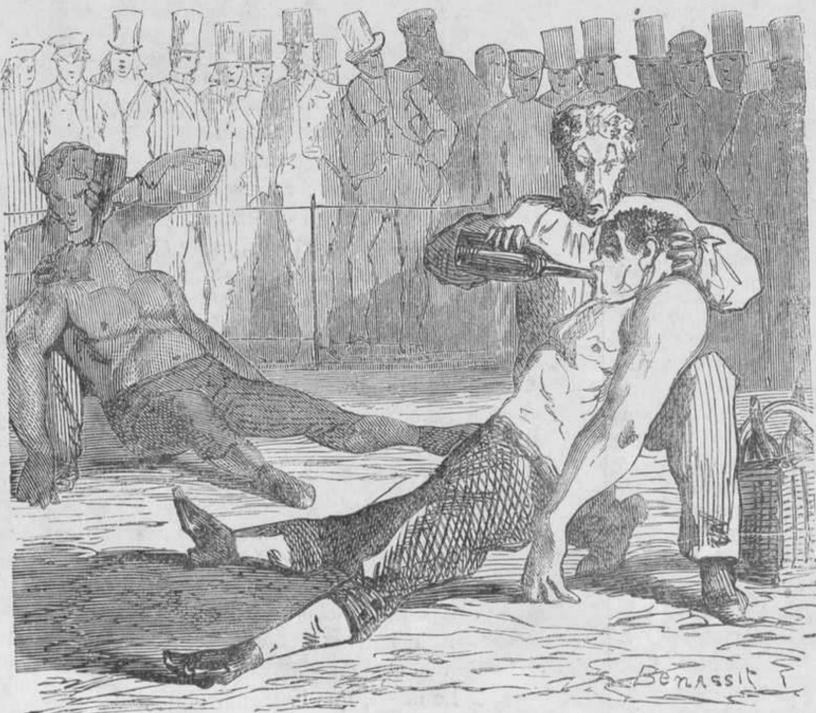
Una regla que se observa siempre es no pegar al adversario cuando está en el suelo, y esperar á que se haya levantado para darle nuevos golpes.

Los pugiladores tienen un método de vida particular; comen buenos asados y observan un régimen muy ordenado que los mantiene siempre en estado de sostener la lucha. — El juego se empeña por ambas partes sobre las probabilidades de triunfo del campeón predilecto. Por lo regular en estas peleas se cruzan sumas considerables en apuestas.

P. P.



LOS DOS CAMPEONES.



ENTREACTO.



ENTUSIASMO DE LOS ESPECTADORES.

Revista de Paris.

El jueves último se celebró en Paris la fiesta de la anexión de la Saboya y de Niza á la Francia con un *Te Deum* solemne cantado en la catedral, al que asistieron los altos cuerpos del Estado, la diplomacia y muchas personas de distinción; — con una revista de 60,000 hombres de guardia nacional y de tropa pasada en el campo de Marte por el emperador, en presencia de un inmenso gentío que nunca falta en Paris cuando se trata de funciones militares; — y por último, con iluminaciones que tuvieron á la población de Paris paseándose por las calles hasta las altas horas de la noche. En los teatros se cantaron himnos relativos á la circunstancia.

Ya en esta fiesta se han visto en Paris muchos de los habitantes extraordinarios que cuenta esta capital en el verano; es decir, muchos extranjeros, sobre todo ingleses, que son todos los años los primeros en ponerse en camino. En cambio los parisenses se hallan ocupados en hacer sus visitas de despedida para salir á tomar baños. Es curiosa por demás esta afición á los baños y á las aguas minerales. Un escritor francés, M. Ch. Brainne, ha dado á luz esta semana un librito sobre esta materia, que es digno de ser leído, porque en él se pinta con vivos colores esta costumbre de correr por el mundo en el verano, pretextando una necesidad que las mas veces no existe.

Un mes antes de la temporada, dice M. Brainne, los amigos se ponen de acuerdo para formar pequeñas colonias de emigrantes.

— ¿Dónde vas este año?

— A Ems.

— ¿Qué lástima! Yo tengo que ir á Biarritz.

— Déjate de Biarritz y ven á Ems; el tratamiento es el mismo.

— Lo que habías de hacer tú es venir á los Pirineos; no hay nada más hermoso.

— Yo iría; pero antes tengo que consultar al doctor.

— Tiempo perdido; ven sin decirle nada; allí tenemos médicos que sabrán encontrar el remedio para tu enfermedad: con que está convenido; saldremos de Paris en la semana próxima.

Y de este modo se cambia e itinerario en el momento de emprender la marcha.

Las golondrinas, añade el autor, conocen al menos su camino; pero cuando el enjambre de los bañistas se dispersa por el mundo, es una confusión indecible: todo se vuelven permutas y cambios.

En el libro á que nos referimos y que se titula: *Baigneurs et buveurs d'eau* (Bañistas y bebedores de agua), M. Ch. Brainne se burla con mucho chiste de las enfermedades supuestas por las señoras de gran tono, que en cuanto asoma el verano experimentan la necesidad de visitar Aix, los Pirineos, Spa, Ems, Baden, etc.

El placer del viaje entra por mucho en el deseo que manifiestan de creerse bastante enfermas para emprenderle, aunque no de tal gravedad que deban renunciar á él y estarse quietas.

El autor confiesa sin embargo que no ha querido hacer una novela; si bien tampoco ha pensado en componer un tratado práctico sobre las aguas minerales y termales.

Las monografías de las termas mas frecuentadas que componen esta obra no son sino recuerdos de un viajero curioso é inteligente.

El libro se divide en tres partes: á saber, las aguas de Italia, las de Alemania y las de Bélgica.

En la segunda parte hallamos una carta inédita de Tamberlick escrita con este motivo:

El año último debía ir á cantar á Baden, el tenor francés Roger, pero se lo impidió su desgracia del brazo.

Entonces M. Benazet, el director del establecimiento de Baden, envió á Tamberlick un despacho telegráfico concebido en estos términos:

«Sois el príncipe de los tenores. Baden os reclama para su concierto del 20 de agosto. La cifra queda en blanco y la llenareis segun os acomode. — BENAZET.»

El artista se apresuró á responder de esta manera:

«No soy un verdadero príncipe de los tenores, y en cambio puedo decir que sois vos un verdadero Mecenas. Me bastarian el placer y el honor de cantar en vuestros regios salones de Baden; pero compromisos anteriores me privan de este gusto. Compadedcedme. — TAMBERLICK.»

M. Brainne prepara un segundo tomo que tratará de las aguas de Francia y de los baños de mar, para complemento de su idea.

Nuestro amable director y querido amigo M. Melan nos envía en forma de carta la descripción de una comida exótica á que ha tenido el gusto de asistir en la semana última en casa de un intrépido viajero que ha dado la vuelta al mundo, y que ha querido ofrecer á sus amigos un recuerdo gastronómico de los numerosos países que ha visitado.

La lista de los platos que se sirvieron en este banquete singular ofrece una mezcla de manjares nunca vista; solo el haberla imaginado, independientemente del mérito mas positivo aun de haberla reunido, nos parece ya una obra de ciencia y de gusto.

Vamos á tratar de traducirla lo mas posible.

SOPA.

Consomé de nidós de golondrinas de Java.

HORS-D'ŒUVRE.

Caviar de Rusia.

Poutarrigue (huevos de pescado) de Barcelona.

Aceitunas de Sevilla.

Pickles de mangos de Mauricio.
Achards de palmera de Pondichery.

RELEVÉ.

Esterlet de Rusia con soya del Japon.

ENTRADAS.

Ave con aletas de tiburón de China.
Puerco fresco con holoturías de China.
Lenguas de rengífero de Laponia y longaniza de Suiza con puré.

Kavi á la india.

— Sorbete de kirsch de la Selva Negra.

ASADO.

Gamo de Escocia con rábanos de Alemania.

ENTREMETS.

Crema de batata de Argelia con vainilla.
Jalea criolla con frutas de las Antillas.
Batatas de la China fritas.
Garbanzos de España con jamon.

POSTRES.

Queso helado napolitano figurando flores heladas y pájaros sobre las flores.

Cocos de las Antillas.

Plátanos de la Martinica.

Dátiles de Túnez.

Bivaces de Argelia.

Higos berberiscos.

Pistachos tostados de Siria.

Naranjas de Blidah.

Jengibre de China.

Limonos de China.

Chadeque de la Guadalupe.

Piñas de la Habana y de la Guadalupe.

Jalea de guayaba de Mauricio.

QUESOS.

Stracchino de Milan.

Stilton de Inglaterra.

Doce convidados rodeaban la mesa en donde se sirvió esta comida única; entre ellos se contaban M. Payen, del Instituto, que entraba en explicaciones científicas sobre cada uno de los manjares de procedencia desconocida.

En cuanto á los vinos, inútil es decir que no podían ser comunes.

Después de la sopa sacaron vino de Marsala, y luego siguieron estos:

Vino de Jerez de 1820.

Vino del Rhin — Stackenberg — Cabinet, 1825.

Vino del Clos-Vougeot de 1846.

Burdeos de 1846.

Chateau Lafite, super or.

Champaña helado — primera marca: viuda Cliquot.

En los postres:

Vino de Constanza, traído en 1820 de Constanza y vino de Tokay auténtico.

Por la noche sirvieron un té completo á la moda china, en porcelana de China, del Japon y en laca dorada del Japon con complemento de licores y pastillitos chinos.

En los platos de laca dorada habia pastillas de té verde, y entre los licores citaremos la leche de cachunde y el alquermés de Nápoles.

Ahora, si nuestros lectores desean saber qué efecto puede producir una comida semejante, diremos, siempre con referencia á la carta de M. Melan que dejamos extractada en las líneas que preceden que las tales rarezas gastronómicas, con pocas excepciones, fueron muy celebradas por la escasa reunion que tuvo el placer de asistir al festin exótico. Por nuestra parte, como nos es conocido el buen gusto del autor de la carta en cuestion, lo creemos fácilmente.

Se están disponiendo para emprender un viaje á Londres las sociedades francesas del Orfeon, que constan de algunos miles de individuos. En la capital de la Gran Bretaña se hallan terminadas ya las obras hechas para recibir á los orfeonistas, que llegarán allí el domingo próximo.

El 25 por la mañana habrá un ensayo en el Palacio de Cristal, y al medio dia se abrirán las puertas al público: el primer concierto tendrá lugar á las tres de la tarde. Principiará por unos coros escritos expresamente para esta fiesta por M. Vaudin y cuya música es de MM. Halevy y A. Thomas; se titulan: *¡Francia, Francia!* y *la Nueva Alianza*.

La ciudad de Londres pone á la disposición de los orfeonistas dos grandes edificios desocupados del mercado de Islington. Además se ha organizado un comité de personajes influyentes para tomar las medidas necesarias á fin de que los orfeonistas puedan ser admitidos en las instituciones y los edificios públicos de la capital, y para hacerles lo mas agradable que sea posible la estancia en Londres.

Esta fiesta, sobre la cual daremos mas pormenores, tiene lugar con motivo del tratado de comercio concluido últimamente entre Francia é Inglaterra.

MARIANO URRABIETA.

Sin alma.

Yo miro tu cabello
Cenir en ondas el contorno puro
De tu gallardo cuello;
Que es mas blanco y mas bello
Al resaltar en el cabello oscuro.

Mi ardiente fantasía
Trémula de placer mira asimismo
Tus ojos, vida mia,
Brillantes como el sol del Mediodia,
Negros como el abismo.

Yo contemplo en tu boca
La sonrisa ligera
Que en dulces labios el amor coloca,
El color que á la rosa desespera,
Y el vivo afán que á la pasión provoca.

Yo miro tu cintura
Que en movimientos dóciles ondea
Y que la gracia apura;
Tesoró de hermosura
Que mis sentidos frágiles recrea.

Te miró, y cada día
Un nuevo encanto admiró en tu belleza.
¿Quieres saber ahora, hermosa mía,
Qué causa mi tristeza?
Tu alma no la he visto todavía.

JOSÉ SELGAS.

Juan Lanás.

De todos es conocida
La persona de Juan Lanás,
Porque es Juan Lanás un hombre
Que en todos lugares danza.
Tan honachon, tan bendito,
De tal genio y bondad tanta,
Que puede servir de sopa
Segun es buena su pasta.
Juan Lanás no es hombre feo,
Siempre tiene linda cara,
Buen color, buenos moquetes
Y un baul padre por panza.
Sus ojos son para vistos,
Y él con ellos no ve nada;
Sus barbas son tan menudas
Que se rien en sus barbas.
Si sus físicos adornos
No son por cierto una ganga,
En punto á dotes morales
No hay duda que es una alhaja.
La luz de su entendimiento,
Sin darla un soplo, se apaga,
Es una noche sin luna
La que su cabeza pasa.
Si toma un libro en la mano
Se duerme al ver la portada,
Y si oye hablar sobre ciencias
Se queda como una estatua.
No entiende mas que de toros,
Y de ovejas y de cabras;
Que por ser bichos lanudos
Dice que son de su casta.
Es el hombre mas dichoso
Que ha salido de la nada;
Ni le saludan las penas,
Ni los dolores le baldan.
No conoce mas pasiones
Que la de Semana Santa,
Y tiene muchas virtudes
Como las tienen las plantas.
Los vicios son forasteros
Que en él no encuentran posada;
Si comete falta alguna
Será falta de gramática.
No distingue á las mujeres
Sino porque llevan faldas,
Y en cuanto á amor, estoy cierto
Que solo á sus padres ama.
Nunca fué novio de nadie
Y en su vida peló pavas;
Que si en Navidad las come
Se las pela su criada.
Se ha casado porque ha visto
Que sus iguales se casan;
Pero está en el matrimonio
Como si estuviera en Babia.
Con su mujer vive siempre
En una paz octaviana;
Tan bien como ellos se llevan
Ni en un coche los llevaran.
El hace á todos favores;
Y si él alguno demanda,
Le dicen, que haciendo tantos
Para sí mismo los haga.
Sus deudores le avergüenzan,
Y sus criados le mandan,

Y el dinero que él ahorra
Otro quidam se lo gasta.
Aunque su estómago llena
De sustanciosas viandas,
Cuando se mezcla entre gentes
No habla cosa con sustancia.
Entre sus muchas virtudes
La paciencia es la mas alta,
Pues toea al cielo, y le nacen
Las raíces en la espalda.
El sufre que sus parientes
Entren á saco en sus arcas;
Y le desplumen hambrientos
Lós pavos reales que guarda.
El sufre que su costilla
Le imponga sus ordenanzas,
Y que la suegra maneje
El tinglado de la casa.
Es hombre, en fin, tan bendito,
Que si le pegan se aguanta;
Y si tratan de quemarle
No le quemar ni con ascuas.
Juan Lanas siente morirle,
Y yo comprendo la causa;
Pues dudo que estando muerto
Pueda gozar de mas calma.

V. MARTINEZ MULLER.

Bueno y malo.

A MI AMIGO DON RAMÓN R. CORREA, DESPUES DE HABER LEIDO
SU POESIA TITULADA: *El pro y el contra.*

Si cuando cala la lluvia
Me guarezco en el café,
Después de admirar el pié
De la morena y la rubia,
Y hablo con un amigo
De conquistas y dinero...
Digo para mi capote:
«¡Qué bueno es vivir soltero!»

Pero si noto después
Cuando estoy de vuelta en casa
Que mi cabeza se abrasa
Y que se hielan mis piés,
Y el mastuerzo del eriado
Dejó apagarse el brasero...
Me digo desconsolado:
«¡Qué malo es vivir soltero!»

Si exaltándose el magin,
Aunque murmure la gente,
Cruzo el mundo libremente
Del uno al otro confín,
Dando un gran chasco á mi novia
Cual Tenorio verdadero...
Exclamo aquí en Varsovia:
«¡Qué bueno es vivir soltero!»
Mas si cerca de un abismo
Y en una terrible noche
Le toca volcar al coche
Rompiéndome yo el bautismo,
Y un ángel-mujer no existe
Que acuda al pobre viajero...
Me digo entonces muy triste:
«¡Qué malo es vivir soltero!»

Si en el baile miro á Juan
Al lado de su señora
Que le cansa y le encocora,
Mientras hago de galán
Y de una en otra ilusión
Cruzo la alfombra ligero...
Digo con satisfacción:
«¡Qué bueno es vivir soltero!»
Pero si acabado el baile
Y rendido de danzar,
Voime solito á acostar
En mis jergones de fraile,
Y allí no encuentro el calor
Del amor que yo prefiero...
Exclamo: «¡pero, señor,
Qué malo es vivir soltero!»

Si en un continuo derroche
Cantor de broma y orgía,
Hago de la noche día
Y al día convierto en noche,
El grito de mi conciencia
Al de mi suegra prefiero...
¡Qué viva la independencia!
«¡Qué bueno es vivir soltero!»
Mas si el cansado laud

Responde á mi corazón
Y á la santa inspiración
Del amor y la virtud,
Y lloro... y no ve mi llanto
El ángel por quien yo muero...
Exclamo en mi desencanto:
«¡Qué malo es vivir soltero!»

Así yo, Ramon amigo,
Que en eso del matrimonio,
Sin poder dar testimonio,
Tambien opino contigo,
Encuentro en la soltería
Su amargura y su regalo,
Que ha probado el alma mia
Mucho bueno y mucho malo.
Y así, débil, perentoria
Del bien y el mal con la ciencia,
Vacila nuestra existencia
Entre el infierno y la gloria.
Por eso el dolor profundo
Siempre tras la dicha ves,
Que vivir en este mundo
¡Muy bueno y muy malo es!

EDUARDO BUSTILLO.

Garrotazos.

Quando miro á un mequetrefe,
Barbilampiño, estirado,
Que en los puestos del estado
Ocupa el lugar de jefe,
Y á funcionarios activos
Que mil servicios prestaran,
Los encuentro en cueros vivos,
Tan solo porque no hallaran
El filon que halló aquel zote
Que es hoy del cotarro el amo,
En mis adentros exclamo:
«¡Qué lástima de garrote!»

Quando en casas suntuosas
Y en carretelas doradas
Miro mil improvisadas
Fortunas escandalosas,
Y al que ayer un quidam era
Teniendo el bolsillo exhausto,
Hoy contemplo por do quiera
Lleno de pompa y de fausto,
Sin tener mina que exploté,
Fincas ni oficio maldito...
En mis adentros repito:
«¡Qué lástima de garrote!»

Quando un estúpido pollo
Mueve la punzante lengua,
Y en la virtud pone mengua
Siendo de ella torpe escollo:
Quando un Tenorio moderno
La dulce paz regalada
De alguna mujer honrada
Convierte en horrible infierno,
Y al decirle «yo te amo»
Es de su honor fiero azote...
En mis adentros exclamo:
«¡Qué lástima de garrote!»

Quando me encuentro en la calle
Una moza de la trínca
Que en la esbeltez de su talle
Pretende hallar una finca;
Quando en torpe devaneo,
Por no coger la costura,
Vive en su atmósfera impura
Y llama hermoso al mas feo,
Queriendo que en el garlito
Todos caigan de cogote...
En mis adentros repito:
«¡Qué lástima de garrote!»

Quando un rapaz, cuyo labio
Aun no ha sombreado el bozo,
Abriga ya el pobre mozo
Aspiraciones de sabio;
Quando un licencioso viejo
Se acicala impertinente,
Sin tener mas confidente
Que la esponja y el espejo:
Quando un raro monigote
Mé dice que es muy bonito...
En mis adentros repito:
«¡Qué lástima de garrote!»

Quando un maton me asegura
Que hiende, destroza y raja;
Quando la historia me encaja
De alguna heróica aventura;
Quando una mujer coqueta
Se empeña en darme un avance
Contándome á todo trance
Los giros de su veleta;
Quando una vieja el reclamo
Lanza á todos con su dote,
En mis adentros exclamo:
«¡Qué lástima de garrote!»

Quando un vendedor me roba;
Quando algun primo me emprima:
Quando un acreedor me soba;
Quando un necio se me arrima
Quando un fumador me para;
Quando un coche me atropella;
Quando una murga repara
En mi casa y viene á ella;
Quando un gorron infinito
Quiere en mí sacar su escote,
En mis adentros repito:
«¡Qué lástima de garrote!»

Por último, cuando veo
Esta confusion de gentes;
Quando miro ciertos entes
Y en sus corazones leo;
Quando mas de un tonto brilla
Y mas de un pícaro crece,
Y á la virtud se escarnece,
Y al mérito se le humilla,
Sin saber porqué me inflamo,
Y aunque me llamen Quijote
En mis adentros exclamo:
«¡Qué lástima de garrote!»

M. GARRILLO DE ALBORNOZ.

El Sposalizio, cuadro de Rafael.

Hay en la juventud de los grandes artistas una hora rápida y encantadora, en la que comie za á abrirse en su flor su talento naciente todavía, pero rico ya en promesas que realizará mas tarde. A este período juvenil pertenece la célebre pintura del Sposalizio por Rafael, que es una de las perlas del museo de Brera en Milan. Rafael tenía veinte y un años cuando hizo este cuadro para la iglesia de San Francisco en Citta di Castello. En él se refleja todavía la expresión suave y tierna de la escuela umbriana y el estilo del Perugino en la ejecución. La disposición risueña de los grupos, separados por el sumo sacerdote que, así como el templo del fondo, ocupa el centro del lienzo, recuerda aun la frialdad de los pintores de la edad media.

El Sposalizio es en parte una copia de un cuadro que el Perugino ejecutó en 1495 para la catedral de Perugia; pero entre las diferencias que se han señalado entre las dos composiciones, hay que apuntar la que presenta la arquitectura tan original como elegante del templo circular que está en el fondo de la escena. Vasari habla de él con admiración, y se sorprende al ver como el divino artista sabia vencer las dificultades. Por lo demás también se dice que la forma general y las proporciones de este edificio han podido ser inspiradas por un dibujo de Brunelleschi, para una capilla octógona agregada á la iglesia *Degli Angeli* de Florencia, que no se ha concluido.

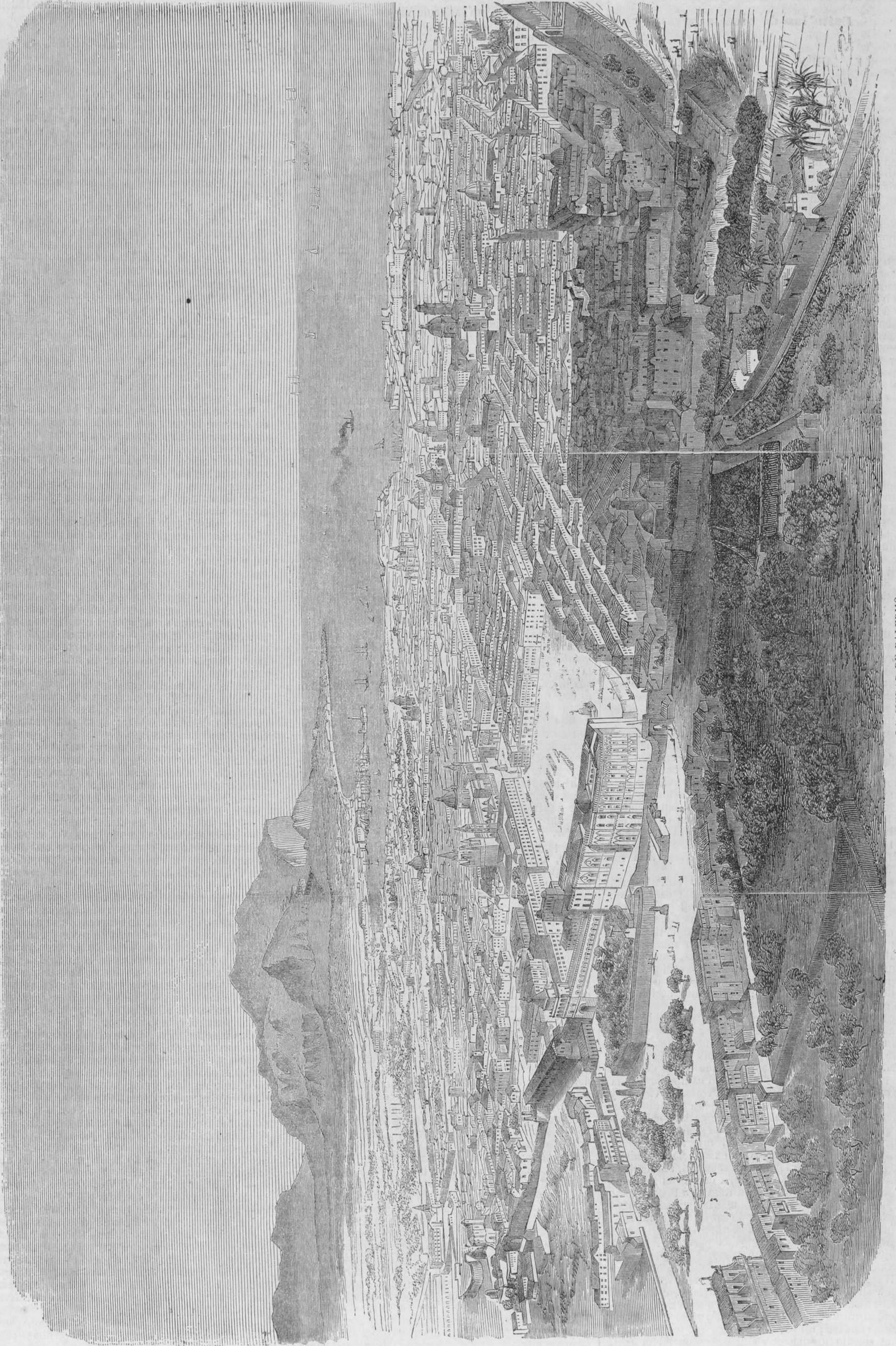
Los hombres que están detrás de José son los pretendientes á la mano de María de Nazareth, celosos y tristes por la preferencia acordada á José, cuya vara dió flores en tanto que la de ellos quedó estéril. En esta señal, según uno de los muchos evangelios que la Iglesia no ha admitido, debia reconocer María al que la destinaba el cielo por esposo. Todos los pintores de los siglos XIII y XIV han representado así los desposorios de la Virgen. El jóven que en primer término rompe la vara estéril sobre sus rodillas, es uno de los pretendientes desengañados, pero al ver la serenidad de sus facciones y la gracia de sus movimientos, no se diria que se entrega á una acción de despecho.

El Sposalizio interesa por una causa particular, y es que se busca en él el carácter que daba entonces el artista á la belleza femenina, que tanto idealizó después. Parece que sus ideas están aun indecisas. Las cabezas de las mujeres que acompañan á la Virgen presentan un semblante robusto con ojos pequeños y la misma boca risueña para todas. Tres años después en 1507 encontraba en *Maddalena Doni*, cuyo retrato ejecutado por él está en la galería Pitti en Florencia, un nuevo tipo de hermosura femenina que trasladaba á sus vírgenes, y que se encuentra en la *Hermosa jardinera*, pintada ese mismo año. Posteriormente la célebre *Fornarina* le suministraba un tipo distinto, de líneas mas severas y mas acentuadas; y luego adelantando siempre en las vías ideales del arte, trasfiguraba también este último tipo y le daba otro carácter; pero esta vez, ese carácter era obra exclusivamente de su genio.

J. D. P.



LOS DESPOSORIOS DE LA VIRGEN, cuadro de Rafael.



LA CIUDAD DE PALERMO.

Estudios de costumbres.

EL SUEÑO DE LA MARQUESA.

(Continuación.)

VII.

Como Edgardo de Ravenswood, Ricardo de Montalban vivía con dos criados, que le habían visto nacer, en la arruinada mansión que le legara su padre, como resto casi único de una fortuna inmensa, disipada en París entre desórdenes y locuras. Ricardo tenía diez y siete años y estaba en el colegio de Carlo-Magno de aquella capital cuando la muerte inesperada del autor de sus días, ocurrida en un desafío, le hizo heredero de su nombre y de lo que todos llamaban sus riquezas.

El conde de Pancorbo nombraba tutor y curador de su hijo al duque de Gramarance, hermano de su malograda esposa, instituyéndole además su albacea y testamento universal. A la noticia de la catástrofe que había arrebatado la vida á su cuñado, corrió el duque á París desde el fondo de la Normandía, donde habitaba un antiguo castillo feudal, y después de comunicar la triste noticia á su sobrino, se informó del estado en que dejaba sus bienes el difunto. Las deudas absorbían casi por completo el capital, y al cabo de algunos días de un trabajo concienzudo y detenido, convencióse el duque de que Ricardo quedaría poco menos que en la miseria. El noble y generoso manco supo este resultado con heroica resignación, y oponiéndose al dictámen de un célebre jurisconsulto, el cual proponía un arreglo con los acreedores, exigió que á todos se les satisficieran íntegros sus créditos.

— Soy joven y trabajaré; repuso á cuantos le hacían presente su desgraciada situación. Lo primero es que el nombre de mi padre y el mío se conserven puros y sin mancha.

La liquidación y el arreglo de la testamentaria fueron largos y dolorosos: uno á uno se vendieron las dehesas, los olivares, los bosques de Ricardo; pero al cabo de un año no faltaba pagar ni un solo acreedor. Entonces examinó el joven lo que le restaba de su patrimonio, que se reducía á la casa solariega de Pancorbo y á algunas tierras inmediatas, cuyo producto no excedería de mil duros anuales.

— ¡Soy mas rico de lo que pensaba! dijo alegremente. Con eso nadie se puede morir de hambre.

Y despidiéndose de su tío y de sus compañeros de colegio, únicos seres á quienes conocía en el mundo, emprendió su viaje á España, mas contento y mas feliz de lo que lo había sido nunca su padre. El duque de Gramarance le acompañó hasta el camino de hierro, haciéndole prometer que en cualquiera necesidad, en cualquier apuro acudiría á él con preferencia á otro alguno.

Una mañana de julio Ricardo se apeó en Pancorbo desde el sitio mas elevado de una diligencia: sus dos criados Pedro y Rosa le esperaban á la entrada del pueblo y le condujeron á su ilustre y ruinosa casa, tan agrietada y destruida por fuera, tan desprovista y desamueblada por dentro. A duras penas habían conseguido Rosa y Pedro habilitar un par de habitaciones con los restos de su esplendor pasado: una de ellas era alcoba y cuarto de vestir del conde; la otra á un tiempo biblioteca, despacho y comedor. El viejo y leal matrimonio dormía en un pajar inmediato á la cocina.

Desde los primeros días de su estancia en Pancorbo, manifestó Ricardo grande afición á la vida campestre: por las mañanas tomaba la escopeta, trepaba á los riscos, y no volvía hasta la noche con sus alforjas bien provistas de conejos y perdices. Al principio iba á pié, mas tarde sus economías le permitieron comprar un caballo, que llegó á ser todas sus delicias. Con él hacia larguísima expediciones á los montes; con él galopaba alegre por los llanos; con él iba á las ferias y á las fiestas de los lugares próximos, su única distracción y su solo recreo.

De noche leía los excelentes libros que se había procurado, ó recibía las visitas del señor cura ó de don Antonio, que venían con el doble objeto de acompañarle y de pedirle socorros para alguna familia desgraciada. A pesar de su pobreza, el conde era espléndido, y todas las mañanas, antes de salir al campo, repartía entre los pobres la caza que había traído la vispera y abundantes dones en metalico. Eran tan limitadas sus necesidades, había tan poco en qué gastar en Pancorbo, que el joven tenía siempre en su gaveta no escasos ahorros que consagrar al alivio del infortunio.

Diez años había pasado en esta existencia verdaderamente extraña, lejos casi de toda sociedad, sin hablar á otras personas que al buen cura, á don Antonio, el administrador de la marquesa, á Rosa y á Pedro. ¿No era pues natural que la vista de una mujer tan hermosa y tan elegante como Elena le causara una profunda impresión? ¿No lo era tambien que desde aquel momento comprendiese que podía parecer ridículo á los ojos de las personas de su clase?

La noche que siguió á su encuentro con la marquesa, Ricardo no se dedicó á la lectura, sino á pasar revista á su guardarropa, muy desprovisto ¡ay! de los objetos mas necesarios. Después de buscar mucho, descubrió al fin una camisa de Holanda, resto de su opulencia primitiva; un pantalón negro que solía ponerse en el colegio los días de exámenes; una levita azul,

sin estrenar, que un sastre de Vitoria le había hecho cinco ó seis años antes, y unas botas de charol compradas á un buhonero en una feria. Tambien halló un chaleco de piqué amarillo, una corbata verde, y un par de guantes, á los que el tiempo había robado toda su elasticidad, porque el conde hizo esfuerzos inútiles para lograr ponérselos. Lo único que le faltaba para estar presentable era un sombrero alto, pues el de paja, cuyo estado conocemos, le pareció indigno de su futuro lujo.

Ricardo había oído hablar al cura y al administrador de la llegada de la marquesa, pero sin ocurrirle que podía encontrarse con ella, ni mucho menos que tuviese necesidad de visitarla. Así grande fué su maravilla cuando Pedro, que le sorprendió en sus pesquisas en el guardarropa, le dijo sonriéndose:

— ¡Cómo se conoce, señor conde, que tiene que hacer V. E. mañana una visita!

— ¿Una visita? exclamó Ricardo atónito.

— Es claro; á la señora marquesa que viene á pasar el verano en el pueblo.

— ¡Pero si yo no la conozco! repuso casi asustado el pobre joven.

— Eso no importa, señorito, añadió Pedro; V. E. es la única persona ilustre de Pancorbo, y esa señora se ofendería si no fuese á saludarla y á ofrecerle sus respetos.

Ricardo se aterró á la idea de hallarse *tête à tête* con una dama de Madrid, y por primera vez en su vida se entregó á graves y profundas reflexiones. Era evidente que la marquesa había extrañado su traje, y era posible que se burlase de él si no se presentaba á ella en otro mas conveniente. ¿Qué hacer en semejante conflicto? Pasar por grosero ó por ridículo: he aquí la única alternativa.

A la mañana siguiente vino don Antonio y dió por cosa corriente que el conde iría después á casa de la marquesa.

— La señora me ha dicho, añadió, que de doce á una estará visible y recibirá á cuantas personas quieran ir á visitarla. Supongo que nos veremos allí, señor conde.

Esta frase fué decisiva para él, y puso término á sus irresoluciones.

— Iré, dijo para sí mismo, y sea lo que Dios quiera.

VIII.

Era aquel un gran día para los ciudadanos de Pancorbo, y desde muy temprano todos los personajes mas notables hacían sus preparativos con objeto de asistir á la recepción de la marquesa. La mujer del médico y sus hijas, las *lionas*, las elegantes del pueblo, iban á es renar vestidos de seda verde con volantes encarnados, que les habían traído al efecto de Vitoria: la viuda de un capitán de carabineros, que dejó un caudalito honradamente adquirido, hablaba de ponerse sus arracadas de brillantes verdaderos, como ella decía; la mujer del maestro, abandonando *in honor di tanti festi* su peinado lugareño, había pedido al ama del cura que la hiciese unas cocas; y en fin la alcaldesa quería sacar á relucir todas sus magnificencias; su vestido de raso azul; su pañuelo blanco de crespon de la India bordado; su mantilla de terciopelo y su aderezo de aljófar.

La popularidad de la marquesa había llegado á su colmo, merced á mil reales que entregara al señor cura para que los repartiese á los pobres; á haber convidado á comer á aquel, al alcalde y al médico; y en fin, á haber respondido que tenía su gusto en escuchar la serenata que por la noche querían darle los aficionados del pueblo. ¡Escucharla! ¡Infeliz! ¡Ignoraba á lo que se había comprometido!

A las doce en punto de la mañana comenzó el acto solemne de la recepción, que tuvo honores de besamanos: por un rasgo de vanidad pueril, Elena había hecho poner á sus criados de gran librea: uno, situado en el portal, saludaba gravemente á los grotescos personajes que iban entrando; otro, colocado en la antesala, anunciaba en alta voz sus nombres y cualidades.

La marquesa tuvo que llamar en su auxilio toda su prudencia y toda su dignidad para no reirse estrepitosamente al ver aquella ridícula mascarada, en la que alternaban todos los colores del arco iris, todas las telas del universo, colocadas como en un guardarropa sin armonía, sin elegancia y sin inteligencia. El mirriñaque, en su infancia entonces, ostentaba proporciones inmensas, y las que lo llevaban parecían mujeres globos, redondas por arriba, redondas por abajo, redondas por todas partes.

La conversación era tan curiosa como los vestidos del bello sexo de Pancorbo: las hijas del médico, jóvenes sentimentales y dengosas, se quejaban de la escasez de diversiones que había en el lugar; su madre se lamentaba de la escasez de partidos que había en el mismo; la alcaldesa de la escasez de la cosecha; la escribana de la escasez de pleitos; solo la marquesa pudo quejarse con justicia de la abundancia de palabras.

A la una, cuando todo el mundo se había retirado, haciéndose lenguas de la amabilidad y del lujo de Elena, cuando ella se proponía descansar de aquella larga y enfadosa ceremonia, el portero de estrados anunció al conde de Pancorbo.

A este nombre la marquesa sintió renacer todas sus antipatías, todas sus prevenciones contra él: parecióle además una impertinencia venir tan tarde y venir el

último, y obedeciendo á un movimiento indeliberado, Elena contestó rápidamente:

— Dile que ya no recibo.

Ricardo oyó desde la antesala esta dura, esta descortés respuesta, proferida por una voz dulce y melodiosa, y se retiró sin que el criado tuviese necesidad de repetírsela.

¡Cosa extraña! El que tanto temía aquella entrevista la vispera y aun por la mañana, había llegado á desealarla con ardor. Los atractivos de la marquesa, la curiosidad de habiar por primera vez con una mujer del gran mundo, tenían parte igual en su deseo. Así, al escuchar sus frias, sus imperiosas palabras, sintió herido su orgullo, herido su corazón; y se alejó de casa de Elena con el propósito firme de no volver nunca allí.

Sin embargo, al hallarse en la calle levantó los ojos al balcon principal, y vió en él á la bella joven que, sin saludarle, le dirigía una mirada curiosa. Ricardo no la saludó tampoco y se apresuró á huir de la vista de aquella que, no debía dudarle, le profesaba una sincera, una cordial aversión.

Elena no pudo contenerse al observar la extraña *toilette* del conde, y se metió adentro riéndose á carcajadas.

¡Pobre Ricardo! El pagó por todos, sirviendo de objeto único á la hilaridad largo tiempo contenida de la marquesa.

IX.

Pasaron algunos días, durante los cuales, acariciando siempre la marquesa sus dulces y gratas ilusiones, esperaba á cada momento ver aparecer al duque, tierno, apasionado, rendido, viniendo á ofrecerle lo que ella tan ardientemente codiciaba: su gran fortuna y su ilustre nombre. Porque á nuestros lectores, por lo que les hemos referido, no les quedará duda de que el amor no entraba por nada en los proyectos de la ambiciosa viuda.

Mientras, Ricardo se había dedicado á renovar completamente su guardarropa, enviando sus medidas á Madrid para que le remitiesen cuanto pudiera necesitar; así pronto se presentó completamente transformado á los ojos de los pancorbeses. En lugar de su modesto y desaliñado traje de antes, ostentaba ropas de última moda y de finísimas telas; á sus groseras botas de becerro habían reemplazado preciosos botines de charol, relucientes como un espejo; al mugriento sombrero de paja, uno de seda salido de los obradores de Aimable ó de Justo Gomez; á sus camisas de coruña, otras de Holanda trasparente y delgada; en fin, la persona había experimentado iguales modificaciones que el vestido. El barbero del pueblo cortó los cabellos y afeitó la barba del conde, dejándole solo un elegante bigote y una larga perilla; y el instinto y el buen gusto del joven hicieron lo demás, contribuyendo poderosamente á su completa metamorfosis.

Cierta tarde la marquesa, que volvía de paseo por el camino real, le vió montando una preciosa yegua inglesa que le habían traído de Bayona, y preguntó al señor cura que la acompañaba:

— ¿Quién es ese que acaba de pasar?

— Es el señor conde de Pancorbo.

— ¡Es posible! repuso Elena atónita.

— No es extraño que no le haya Vd. conocido, añadió su interlocutor, porque á nosotros casi nos sucede lo propio. Los únicos que no han dejado de conocerle son los infelices á quienes visita lo mismo ahora que antes.

Desde la mañana siguiente, la marquesa se propuso por via de ocupacion repartir ella misma sus abundantes limosnas. ¿No era una especie de competencia esta caridad ardiente que de pronto se despertaba en ella? ¿No nacia quizás de un deseo de merecer las alabanzas que de continuo oía repetir de la humildad y filantropía del conde? Sea como fuere, la hermosa viuda le imitó, y mas de una vez se encontraron ambos en las casas de los pobres á quienes socorrian. Entonces cruzaban un saludo silencioso y frio, y uno de los dos cedía al punto el campo al otro.

Un día se reunieron junto al lecho de una pobre madre moribunda que dejaba dos hijos de tierna edad desvalidos y sin recursos; la marquesa y el conde permanecieron al lado de la infeliz hasta que hubo exhalado el último suspiro, prodigándole sus auxilios y sus cuidados, y después oraron juntos por ella.

— Señor conde, dijo Elena con acento solemne cuando ambos hubieron terminado sus plegarias, aquí hay dos huérfanos desventurados que no tienen apoyo alguno en la tierra. ¿Quiere Vd. que entre los dos se lo prestemos? ¿Quiere Vd. entrar por mitad en una obra insigne de misericordia?

— Iba á proponérselo á Vd., señora, respondió Ricardo con voz débil y cortada.

— En ese caso, repuso la marquesa, encárguese usted del niño; yo me llevaré conmigo la niña y trataré de reemplazar en lo posible á la madre que ha perdido.

El conde intentó pronunciar algunas palabras; pero era tan viva su emocion, que no pudo conseguirlo, limitándose á hacer un movimiento aprobatorio con la cabeza. Dos lágrimas brotaron de sus ojos, y corrieron por sus mejillas sin que él se tomase el trabajo de esconderlas ni de enjugarlas.

¿Cuál era el secreto de esta conmocion profunda? ¿Cuál el origen de aquellas dulces lágrimas? ¿En aquel momento solo Dios podía explicarlo!

X.

La marquesa recibía frecuentes noticias de Madrid, que unas veces la trasportaban de júbilo y otras la infundían tristeza y desaliento.

«El duque, la escribían de la corte, continúa haciendo su misma vida de siempre; se le ve en el Prado, en el teatro, en la Fuente Castellana; pero grave, serio, displicente, casi sentimental.»

«Rio-Florido, decía una segunda carta, no piensa moverse de Madrid este verano; según asegura, lo pasa aquí perfectamente. En efecto, la otra noche le hallé en casa de la señora de X... y estaba de excelente humor. ¡Si vieras cómo nos hizo reír á todas con sus ocurrencias!»

Esta epístola, inútil es expresarlo, era de una *amiga íntima* de Elena.

Otra que la profesaba el mismo cariño, escribía en los siguientes términos:

«La gente comienza á notar que el duque hace con la condesa de F... las propias exterioridades que hacia antes contigo; es decir, que la visita diariamente, la escolta en el paseo, y la acompaña en el teatro. Si no te das prisa á volver, ¡pobre Elena!... serás suplantada por esa artificiosa coqueta.»

Según se adivinará, las últimas líneas pusieron fuera de sí á la marquesa. ¡Volver! ¡Ella no podía hacerlo sin cubrirse de ridículo y de vergüenza! ¡Volver en mitad del verano, cuando se había despedido por mucho tiempo, quizá por seis meses, quizá por un año!... ¡Volver! ¿Y su decoro y su dignidad de mujer?... ¡Era imposible!

Lo que sentía amargamente Elena era su heroica, su estéril resolución. ¿Porque se había desterrado ella de Madrid y sus placeres? ¿Porqué había cedido el campo á sus orgullosos rivales? ¿Porqué le había ocurrido aquella maniobra que juzgó tan hábil al principio, que le parecía tan torpe ya?

Les absents ont tort, dice un proverbio francés, y sabido es que los proverbios son la sabiduría de las naciones.

XI.

Las gentes de Pancorbo, que empezaron por ser la diversion de la marquesa, concluyeron por aburrirla y fastidiarla soberanamente. Y lo peor es que mientras siguiese en el pueblo no tenía mas remedio sino recibir las y agasajarlas y ponerles buena cara. Si se hubiese enajenado sus simpatías y su buena voluntad, habría tenido que escapar de allí. ¡Nadie sabe lo terrible que es la enemistad de los lugareños!

Una de las hijas del alcalde la había cobrado singular afición, y la hacia depositaria «de todos sus secretos.» Una noche vino á decirle que el señor conde de Pancorbo la miraba mucho cuando la veía, y pasaba á menudo por su calle; en virtud de lo cual *el papá* la había mandado que se vistiese con mayor esmero.

Elena oyó esta confianza con paciencia evangélica, haciendo solo un gesto de disgusto al tener noticia de las pretensiones del conde. El alcalde era un propietario rico; Ricardo era pobre... ¿No sería esta la explicación natural del cambio últimamente realizado en su persona y atavío?

La sociedad mas agradable de la marquesa la componían el señor cura, modelo de sacerdotes y de hombres instruidos, y el médico, que había vivido en la corte mucho tiempo, y con el cual podía hablar de las cosas de Madrid, su mayor deleite desde que faltaba de aquí. A los dos pues les comunicó lo que le había dicho la hija del alcalde.

— ¡Ah, señora! exclamó el cura. ¡Cuán mal juzga Vd. al conde! Si Vd. supiera...

Y el anciano no prosiguió, temiendo haber dicho demasiado.

Aquella frase ambigua excitó la curiosidad de Elena.

— ¡Acabe Vd., dijo, señor cura!

— ¡Si Vd. supiese, añadió este, qué tesoros de abnegación y de desinterés abraiga el corazón de ese noble joven!

— Usted le conoce poco, agregó el médico, y por eso le cree capaz de semejante bajeza.

— Si le conozco poco, repuso la marquesa con mal escondido despecho, él tiene la culpa. ¿Porqué no viene á verme?

El párroco y el doctor cambiaron una mirada expresiva.

XII.

A la mañana siguiente recibió Elena una carta de Madrid, que le produjo la mas viva agitación. Esta vez era un amigo verdadero quien escribía.

«El duque saldrá de Madrid poco despues de esta carta: va á Paris, según dice á todo el mundo, á pasar uno ó dos años. Lo cierto es que sus preparativos de viaje son grandes; lleva consigo su cocinero, su ayuda de cámara y un lacayo: ayer envió su plata labrada y su dinero al Banco, y despidió á todos los demás sirvientes. Se lo advierto á Vd. por si quieré verle á su paso por aquí, si es que no se determina á hacer también una excursión a las orillas del Sena.»

En cuanto hubo terminado la lectura de esta carta, Elena mandó sacar su berlina de camino y pedir caballos á la posta. ¿A dónde iba? ¿A Paris acaso? ¿Aban-

donaba definitivamente á Pancorbo? ¿Huía del duque, ó corría á recibirle?

Ella misma no hubiera podido responder á estas diferentes preguntas: alarmada de la resolución de Rio-Florido y viendo que este se le escapaba de entre las manos, estaba decidida á todo, á volar á su encuentro, á prescindir de su plan, á quemar sus naves si era menester.

En media hora arregló el equipaje, se despidió de sus amigos por muy pocos días, y se halló en disposición de marchar. Cuando le anunciaron que el carruaje estaba enganchado, bajó de dos en dos los escalones, y se metió con ligereza en aquel seguida de su doncella.

Al propio tiempo desembocaba por la calle el conde de Pancorbo en su magnífica yegua inglesa, animal joven y fogoso, que se asustaba fácilmente de cualquier objeto que se le ponía delante. Esto sucedió en aquella ocasión, porque al ver la silla de posta de la marquesa que arrancaba entonces, dió una serie terrible de saltos de carnero, y despidió al conde, á pesar de ser muy buen jinete, contra las losas de la calle. Ricardo quedó exánime y cubierto de sangre, que brotaba de una ancha herida abierta en la cabeza.

Elena exhaló un grito de terror, y despues, asomándose por la portezuela del coche, dijo á los criados que dejaba en Pancorbo, y que habían salido á despedirle:

— ¡Socorredle! ¡socorredle! ¡Si es preciso, entrad en mi cuarto!

Y despues, como si creyese que con solo esto estaban cumplidos todos sus deberes de humanidad y de hospitalidad, gritó ella misma al postillon:

— ¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Camino de Francia!

XIII.

Una hora despues de haber marchado de Pancorbo la marquesa, y apenas había sido conducido el conde en malísimo estado á su casa y no á la de aquella, por la resistencia que opuso el herido á ello al volver en sí, tornó á resonar en las desiertas y silenciosas calles del pueblo el ruido de un carruaje de posta que se acercaba á escape. No era esta vez una berlina pequeña y ligera como la de Elena, sino un pesado y enorme *clarence*, en el que venían cuatro personas y un inmenso equipaje. El postillon se detuvo á preguntar á un transeunte por la casa de la marquesa de Villareal, y poco despues se detenía á su puerta el aristocrático vehículo, apeándose de él el duque de Rio-Florido en persona.

— La señora acaba de partir, dijo un criado acercándose con el sombrero en la mano al duque antes de que él tuviera tiempo de interrogarle.

— ¿Ha partido? exclamó aquel con asombro.

— ¿Y para dónde? repuso despues de una breve pausa.

— No puedo decirlo á V. E. La señora recibió una carta de Madrid esta mañana, y en seguida hizo disponer su viaje. Lo único que sabemos es que estará ausente pocos días.

El duque hizo un medio saludo con la cabeza al criado, y volvió á meterse en su *clarence*, dando orden de emprender de nuevo la marcha.

Fácil es imaginar los pensamientos tumultuosos que le atormentaban; ya no podía quedarle duda; la marquesa no le profesaba amor, ni siquiera simpatía, puesto que había improvisado aquel viaje solamente por evitar su visita. Debía pues ahogar su pasión; debía renunciar á la esperanza de ser correspondido: lo que había creído plan no era sino indiferencia; lo que había juzgado frialdad era odio tal vez.

Estas ideas eran tanto mas fortificantes para el duque, cuanto que nunca había sufrido una repulsa. Entonces, despertándose con mas fuerza su orgullo, juró no volver á ver á Elena; juró olvidarla... y hasta aborrecerla; lo cual probaba que su pasión era profunda y verdadera. Semejantes resoluciones no se intentan sino cuando el corazón se halla muy interesado.

Las dos sillas de posta marchaban pues detrás la una de la otra, y solo á una hora de distancia. En cuanto la marquesa llegó á Vitoria, se hizo conducir á la fonda de Pallares, pidió un cuarto que tuviese vistas á la calle, y segura de que Rio-Florido no había pasado aun, y de que tenía que parar allí mismo para cambiar caballos, aguardó con impaciencia su arribo. A cada carruaje que se detenía á la puerta, volaba al balcón esperando fuese el del duque. ¡Qué emoción tan violenta agitaba su alma! ¡Cómo temía encontrar á su constante adorador frío, indiferente, adusto! Elena conocía que su suerte estaba pendiente del éxito de aquella ostromera tentativa: si dejaba que Rio-Florido siguiese á Paris, ¡adios su dorado sueño, adios sus risueñas esperanzas!

¿No pensó ni un solo punto la buena, la excelente, la generosa Elena en el conde, al que había dejado cubierto de sangre, acaso moribundo en las calles de Pancorbo? ¡Ay! ¡no! El egoísmo y el interés son dos sentimientos tan imperiosos y tan exclusivos, que cuando dominan por mucho ó por poco tiempo á un individuo, no dejan cabida á ningun otro. Así la marquesa había olvidado completamente la tragedia de que fué espectadora, y que por un momento la hizo estremecer. Despues concentrada en su preocupación única, desapareció de su imaginación como desapareciera de sus ojos la imagen del noble joven, tendido sobre las losas del pavimento, frío, inerte, inanimado.

Por fin, los chasquidos del látigo y el paso precipitado de los caballos anunciaron á la marquesa que el duque se aproximaba: con efecto, pronto distinguió su

clarence, que le era muy conocido; pronto le vió detenerse á la puerta de la fonda, y saltar en tierra el grave y flemático personaje; pronto, por último, oyó su sonora voz que pedía trajesen el tiro sin tardanza. Desde la parte exterior del balcon, Elena seguía con la vista al duque, que se paseaba por la acera delante del parador, triste, abatido y ensimismado. Dos ó tres veces tosió la bella joven, pero Rio-Florido, entregado totalmente á sus penosas reflexiones, no levantó siquiera la cabeza; por último, cuando ya sacaban los caballos, el duque miró hacia adentro y conoció la berlina de la marquesa, que no habían entrado en la cochera y estaba aun en el portal. Entonces por un movimiento indeliberado alzó los ojos y vió á Elena, que le hizo un gracioso y expresivo saludo, al cual correspondió él con otro ceremonioso y glacial. Luego dió prisa para que enganchasen, y en cuanto la operación estuvo concluida, tornó á quitarse el sombrero para saludar de nuevo á la marquesa, y metiéndose en su *clarence*, dió orden de partir al momento. Dos minutos despues echaba á andar la silla de posta desimpedando las calles.

XIV.

¡Imagínese el lector la situación de Elena! Muda, inmóvil, estática permaneció largo rato en el balcon con la vista fija en el lado por donde había desaparecido el carruaje; al cabo se metió adentro, y arrojándose sobre un sillón, derramó un torrente de amargas lágrimas.

¡Qué noche tan cruel pasó la ambiciosa viuda en el triste y solitario cuarto de la posada! Su doncella, inquieta al notar su abatimiento y su palidez, quiso llamar un facultativo, quiso quedarse á acompañarla; pero ella se negó á todo; pretextó una violenta jaqueca y se acostó en seguida, advirtiendo tan solo que á la mañana siguiente partirían.

— ¿Para dónde, señora? preguntó la joven camarera.

— No lo sé; repuso secamente la marquesa.

Inútil es expresar que esta contó todas las horas de la noche, y al amanecer se hallaba levantada, sin haber podido dormir ni un solo instante. Entonces tiró de la campanilla y pidió caballos para marchar inmediatamente. Su doncella la hizo inútiles instancias para que tomase algun alimento; pero Elena había resuelto el problema de que se puede vivir sin comer, pues hacia veinte y cuatro horas que no probaba bocado.

La pobre muchacha, que la tenía sincero cariño, rogó, instó, lloró para que la permitiese llamar á un médico; para que no se pusiera en camino en aquella situación; la marquesa, con la mirada fija, con los ojos enjutos, con una inmovilidad que la hacia asemejarse á la estatua del comendador, no respondió ni una palabra; mas cuando vinieron á avisarla que aguardaba el carruaje, bajó lentamente la escalera y entró en aquel, diciendo al postillon con voz sorda:

— ¡A Pancorbo! ¡Otra vez á Pancorbo!

Luego arrojándose en un rincón de la silla, cerró los ojos y no volvió á abrirlos hasta encontrarse en el pueblo y á la puerta de su casa.

XV.

Al entrar la silla de posta acudieron el señor cura y el médico entre la multitud de personas atraídas por el ruido.

— ¡Ah! ¡señora! exclamó el primero. ¡Dios la trae á Vd. tan pronto, quizá para que pueda salvarle!

Estas frases arrancaron á la marquesa de su estupor y la hicieron volver en sí.

— ¿A quién? preguntó tratando de coordinar sus ideas y de darse cuenta de lo que oía.

— ¿A quién? dijo el médico. Al señor conde, el cual se halla en una situación casi desesperada.

Elena exhaló un grito sordo, y se llevó las manos á la frente como si sintiese un dolor agudo en la cabeza.

— ¡Ah! murmuró. ¡Y lo había olvidado!

Esta conversacion pasaba en la escalera, mientras la marquesa la subía apoyada en el brazo del doctor y dando la otra mano al señor cura.

Una vez arriba, los dos se asustaron de la alteración de sus facciones, de su palidez casi lívida, del desorden y del extravío de sus miradas.

— Es menester que se acueste Vd., señora marquesa, dijo el médico despues de haberla pulsado.

— No, no; repuso aquella. Debo verle, debo hablarle... debo pedirle que me perdone, añadió con una voz imperceptible para los demás.

— ¡Ay! exclamó el párroco tristemente. El infeliz no se halla en disposición de oír ni de contestarle á Vd. Presa de un terrible delirio, rie y grita, llora y canta á un tiempo.

— ¿Y no hay esperanza, doctor? preguntó Elena; ¿no hay esperanza?

— Muy pocas, señora: no es lo mas temible la herida, sino la congestión cerebral que le ha sobrevenido.

— ¿Como consecuencia del golpe?

— ¿Quién sabe! respondió el doctor en tono enigmático.

La marquesa guardó un instante de silencio; despues, haciendo un esfuerzo sobrehumano, serenó su fisonomía, arregló su traje, y poniéndose en pié con resolución y energía, dijo:

— ¡Vamos!

Pero las fuerzas la abandonaron, y antes de que pudiese dar un paso siquiera, cayó sin sentido en brazos del doctor.

XVI.

Mientras, Luisa, la doncella de Elena, profundamente inquieta de la situación en que veía á esta, escribía al duque las siguientes líneas:

« Señor duque: La señora está muy mala, y V. E. tiene la culpa. Todos los hombres son iguales, y no creen, hasta que se convencen por sus propios ojos, que las mujeres les aman. ¿Cómo pudo V. E. pasar de largo por Vitoria, sin subir siquiera á ver á mi señora, que no había ido allí sino para salirle al encuentro? ¡Si viese V. E. el efecto que le ha causado á la pobrecita semejante ingratitude! Veinte y cuatro horas hace que no toma alimento, y yo me temo que pierda la cabeza. No llora, ni habla, ni pregunta; pero su abatimiento y su prostración me parecen muy alarmantes. Hemos vuelto á Pancorbo y ¡ojalá no hubiésemos salido de él! Así, señor duque, venga V. E. aquí, ó al menos escriba en seguida á la señora por si aun es tiempo de evitar una desgracia. »

Luisa era una muchacha de talento, y á fin de que la carta llegase con mas certeza á su destino, puso el sobre de este modo:

« Al señor embajador de España. Para entregar al duque de Río-Florido. »

PARIS. »

Después, para mayor seguridad, ella misma fué á echarla al correo, y en seguida volvió al lado de su ama.

XVII.

El síncope de la marquesa no fué largo, ni dió cuidado alguno al médico desde que supo por Luisa cual podía ser su origen: la falta de alimento y el cansancio producido por una noche de insomnio y de agitación. Hizo pues que su doncella la desnudase y la pusiese en la cama, obligándola él mismo á que tomase una taza de caldo. Después como si la naturaleza no aguardase sino que se la ayudara un poco para calmar la crisis nerviosa, un sueño tranquilo y reparador de algunas horas vino á serenar el espíritu y á devolver las fuerzas á Elena.

(Véase la conclusión en la página 413.)

Estatua de Catinat.

He aquí un dibujo que representa el Catinat del conde de Nieuwerkerke. Esta estatua, destinada á la iglesia de Saint Gratien, en las inmediaciones de París, ha estado expuesta durante algunos días en el estudio del autor, donde no ha podido ser visitada mas que por un corto número de privilegiados, deseosos de contemplar la nueva obra del autor de Guillermo el Taciturno.

Los baños de Aix.

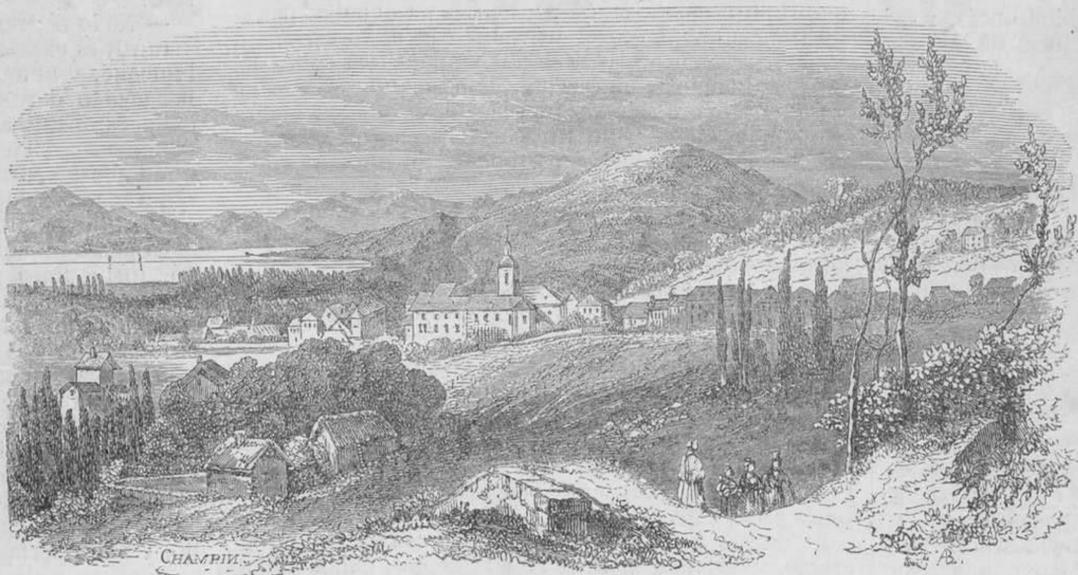
El pueblecillo de Aix, que cuenta unos 2,000 habitantes, se halla situado á poca distancia de la orilla oriental del pintoresco lago del Bourget. Las aguas termales de Aix fueron conocidas de los romanos, que segun algunos anticuarios las llamaron *Aque Gratiana*. Aun se encuentran en Aix muchos restos de monumentos romanos, como un arco de triunfo probablemente del III ó IV siglo, elevado por Lucio Pompeyo Campanus; una parte de un templo jónico, de Diana ó de



EL MARISCAL DE CATINAT. — Estatua por el conde Nieuwerkerke.

Vénus, que se ve á algunos pasos del arco de Campanus, en el recinto del castillo del marqués de Aix; y por último las *Termas*, que se conservan bastante bien, y en las cuales se han encontrado varias antigüedades

dantísima y sirve para beber, para chorros y baños. Segun los médicos de Aix, estas aguas curan una porción de enfermedades. Nosotros no entraremos á examinar esta cuestión, y nos contentaremos con recordar



VISTA GENERAL DE LOS BAÑOS DE AIX.

depositadas actualmente en el museo de Chambéry. Que haya sido una simple *villa* como supone Millin, ó una *civitas*, como sostienen otros escritores, lo cierto es que Aix quedó reducida á cenizas durante el si-

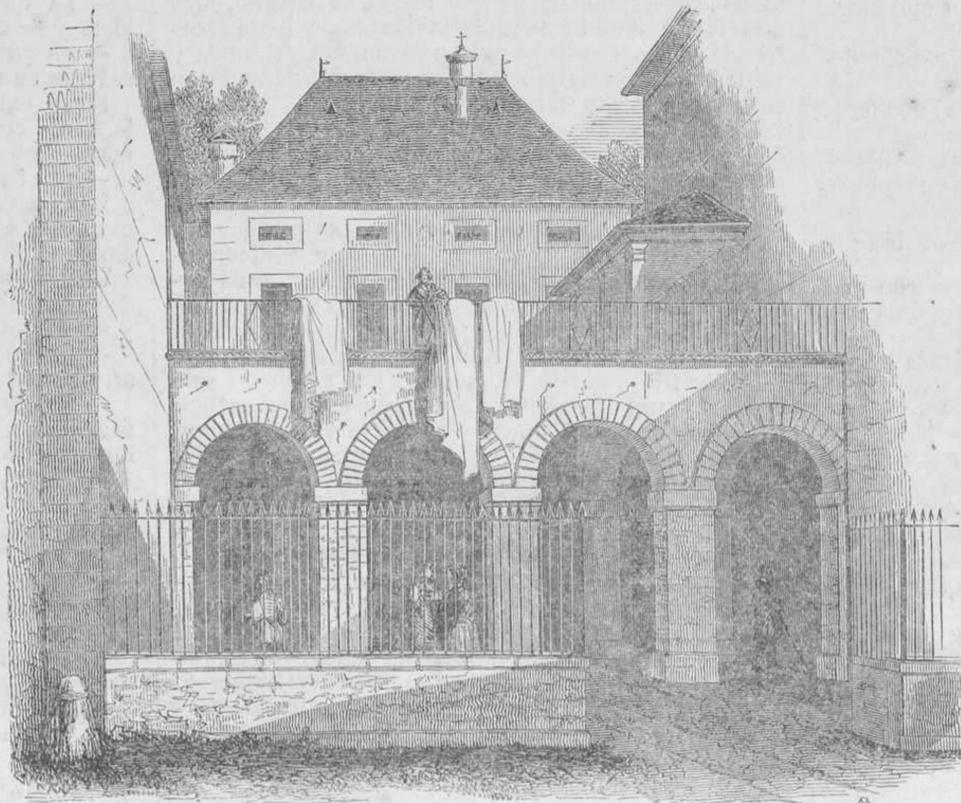
mas bonito que esta excursión: se sale de Aix por la carretera de Ginebra, y luego tomando la hermosa alameda de la izquierda, se atraviesa el Sieroz y se llega al puerto de Puer, donde se descubren puntos de vista, y donde se embarca el viajero. El lago del Bourget tiene 5 kil. de ancho y una profundidad de 80 metros: se arroja en el Ródano por un canal llamado de Savieres.

La abadía de Hautecombe fué fundada por Amadeo III en 1225, y desde entonces sirvió de lugar de sepultura á los príncipes de la casa de Saboya. El monasterio actual de 1743, devastado y trasformado en una especie de fabrica en 1793, fué restaurado en 1824 por las órdenes del rey Carlos Felix.

Cerca de Hautecombe, está la torre de Gessens, desde la cual se distingue el lago en toda su extension; allí escribió Rousseau una de sus mas bellas páginas del *Emilio* sobre el amanecer. Por último, á poca distancia de esta torre hay una fuente intermitente llamada *Fuente de las maravillas*.

En las cercanías de Aix se pueden visitar, además del monte del Gato, sobre el cual se encuentran ruinas antiquísimas, y el castillo de Burdecs, donde compuso Lamartine su hermosa meditación del *Lago*, la colina de Tresserve; sembrada de casas de campo; el castillo de Bonport, situado á la falda de esta colina en la orilla oriental del lago, y la bonita cascada de Grezi, en el camino de Ginebra en la confluencia del Sieroz y del Daisse.

A. J.



LAS TERMAS ALBERTINAS EN LOS BAÑOS DE AIX.



FLORES DE LA EXPOSICION DE HORTICULTURA.

Concurso de Montpellier.

En nuestro número 388 hemos hablado ya del concurso regional de Montpellier, que ha sido muy notable bajo el doble punto de vista del arte y de los productos agrícolas.

Hoy vamos a dar aquí una muestra de las flores expuestas, y un dibujo que representa las carreras de caballos que tuvieron lugar con motivo del concurso.

Estas carreras, organizadas en conformidad á todas las reglas del Sport, se verificaron en un terreno contiguo á los estanques y al mar, enfrente de las ruinas de la antigua Maguelonne, cuya silueta vaporosa se destaca en el último término. Este espectáculo, enteramente nuevo para los habitantes de las cercanías, habia atraído una muchedumbre inmensa. Además del ferrocarril mil quinientos carruajes de todas formas habian sido empleados en el transporte de los curiosos al campo improvisado de las carreras.

X.

La esperanza.

Hay una cosa que alegra tanto como el dinero y que está al alcance de todas las fortunas.

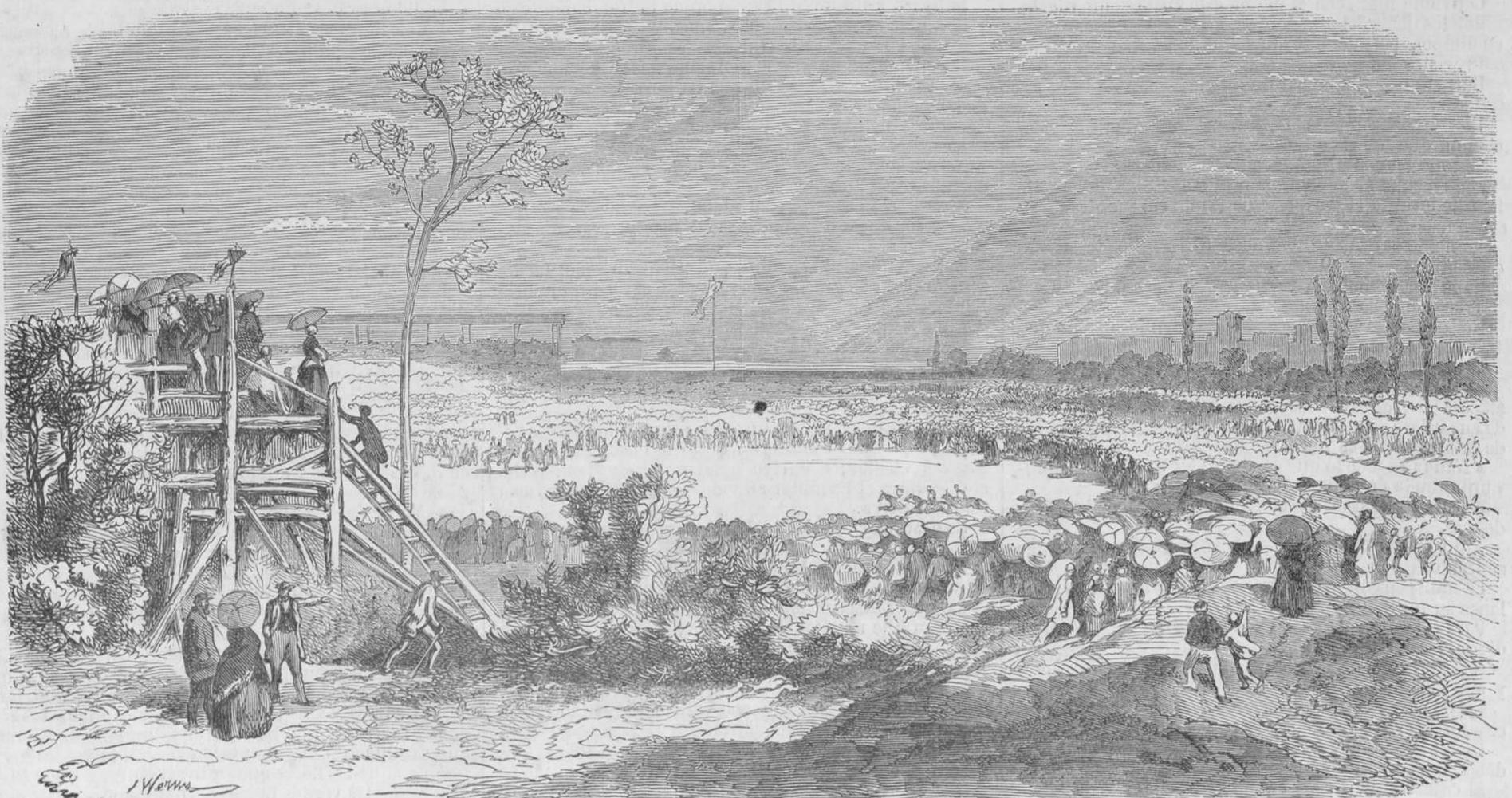
Es azul y brilla mas que el oro.



PAISAJE, cuadro de M. St-Etienne. (Exposicion de Montpellier).



PAISAJE, cuadro de M. Gresy. (Exposicion de Montpellier).



CARRERAS DE CABALLOS EN MONTPELLIER.

Se mezcla en todos los actos de la vida, y nos trae y nos lleva como un soplo de aire trae y lleva á un puñado de polvo.

Lo mismo se la encuentra en la política que en la religion, lo mismo en la multitud que en el individuo. Está en un billete de la lotería.

En el saludo de un hombre poderoso. En la mirada de una mujer hermosa. Es lo último que se pierde, y se llama esperanza.

Es indudablemente el único dinero con que puede comprarse la felicidad.

Desde que el hombre se presenta en el umbral de la vida, parece que una voz misteriosa graba en su corazón esta palabra: espera.

Desde entonces todo es esperar. El niño espera la juventud, el joven espera la vejez. El anciano espera la muerte.

La vida no es mas que una inmensa antesala. El jugador espera su carta, el asesino espera á su víctima, el hombre político espera su vez, el amante espera una cita, el que aborrece espera vengarse, el pobre espera ser rico, el rico espera ser mas. Todos esperamos algo.

Hay que convenir en que vivir es una operacion universal por medio de la que se está siempre haciendo tiempo.

La esperanza es una cosa bien singular: va desapareciendo conforme se va realizando.

Se puede decir de ella lo que del sueño. El sueño es la cosa mas agradable del mundo, solamente que al cogerlo nos quedamos profundamente dormidos.

Detrás de la esperanza está el desengaño, como detrás de una cara de ángel está una mujer.

Siempre se coloca delante de todo lo que apetecemos, y nunca faltan allí donde terminan las probabilidades, donde el cálculo agota sus pronósticos, donde la razon dice su última palabra.

La esperanza está sobre todos los inconvenientes y algunas veces sobre muchos imposibles.

Es la fe de los deseos. Dice un enamorado: « Esa mujer no me quiere, su familia me detesta, sus criados son insensibles, mi espejo no vacila ni un segundo en presentarme feo siempre que lo miro, mi bolsillo me llama pobre siempre que lo toco. »

Aquí traga una bocanada de humo si está fumando, se pasea si está de pié, ó se muérde los labios si está sentado.

Esta reflexion tan negra se va azulando poco á poco por medio de un procedimiento químico que no tiene explicacion.

De repente tira el cigarro, ó se sienta ó se levanta. La accion puede ser una ó varias á la vez, las palabras pueden ser estas ú otras, pero la idea es siempre la misma.

Dice: « Todavía tengo esperanza. » Si se pudiera leer en el alma de esos enfermos que la muerte ha marcado irrevocablemente, encontraríamos en una página:

« Yo no tengo remedio. » Y en la siguiente:

« ¡ Quién sabe! » Penetrad en el seno de una familia que ha agotado su último recurso, que ha llamado á la última puerta, que ha perdido el último amigo.

Conviene fijar bien el dia de esta visita domiciliaria. Por los datos del almanaque, no sería fácil sacar nada en limpio, porque hay dias que no se encuentran en ese registro del tiempo.

D as sin fecha, que parece que la vida no quiere reconocer.

Dias inmensamente largos, sea cualquiera la estacion en que se presenten.

Se conocen con el nombre de dias sin pan. Aprovechad el momento en que el padre de aquella familia levanta el picaporte de la puerta y entra en su casa.

Viene de dar la última vuelta al tornillo de su necesidad. Salió por la mañana y vuelve á la noche.

Trae... una cosa menos. No solamente no ha encontrado quien le dé, sino que todos se han empeñado en quitarle.

Salió con su última esperanza y vuelve sin ella. La única puerta que se abre delante de él, es la de su casa; los únicos brazos que se le tienden, son los de sus hijos; los únicos labios que le sonrien, son los de la madre de sus hijos.

« Nada » es todo lo que se atreve á contestar á la pregunta muda de aquella familia que lo rodea.

En ninguna ocasion la palabra nada ha significado mas.

Aquí es preciso que la esperanza haga un esfuerzo supremo.

Es indispensable que pronuncie su última frase, que lance su último rayo de luz.

Para este milagro necesita la esperanza un intérprete digno de su esfuerzo.

Necesita un semblante apacible, unos ojos cariñosos y una voz dulce.

Es preciso que el misterio se realice con todas las circunstancias de la maravilla.

La luz ha de salir de la oscuridad, la fuerza del mas débil, la constancia del ser mas frágil.

El corazón que reasume todos los dolores de la familia es el que va á hablar por la boca de la madre.

Oigámosla, porque sus palabras serán breves como

la verdad, sencillas como el sentimiento, precisas como la fe.

« Dios, dice, nos está provocando, pero no nos abandonará. »

Y ese hombre vuelve á tener esperanza y esa familia vuelve á esperar.

Allá veremos, es la fórmula vulgar de la esperanza que aplicamos á los proyectos que no nos interesan mucho.

La esperanza es el castigo de la razon. Es esa creencia inagotable que se rie de las probabilidades, y se mofa de los cálculos y desprecia las razones.

Se puede vivir sin dinero, sin crédito y sin estimacion, pero no se puede vivir sin esperanza.

El incrédulo le pide esperanzas á la casualidad. El jugador á la muerte.

Las mujeres las buscan en los espejos. Los que creen las reciben de la Providencia.

La esperanza es á la vida moral lo que el aire á los pulmones.

Las esperanzas no son las cosas, sino el color de las cosas.

Es un resultado maravilloso que se produce contra todas las leyes de la lógica.

Y ¡cosa singular! ó es bella ó no es esperanza. Siempre estamos dispuestos á recibirlas.

Semejan es á las lisonjas, siempre llegan á tiempo. Nunca es tarde para una esperanza.

El hombre es un conjunto de esperanzas que se van disipando una á una. Cuando se apaga la última cierra los ojos.

Por medio de las esperanzas se abre camino hasta nosotros el tiempo que está por venir.

El tiempo conoce al hombre y lo adula. ¡ Cuántas felicidades nos guarda siempre el dia de mañana!

Si la esperanza es el camino de la felicidad, vivir no es mas que estar en camino.

Solo nos es lícito ser felices esperando serlo. El que no espera nada, ¿ qué es lo que puede hacer en el mundo?

Dios le ha dicho al cuerpo — vive. Y al alma — espera.

Casi todo lo que nos rodea son esperanzas. Un abogado no es mas que una esperanza puesta al alcance de todo aquel que posee ardientemente tener razon.

Un tribunal no es mas que una esperanza de la justicia.

La medicina, una esperanza de la salud. Todas las esperanzas humanas me parecen reflejos mas ó menos confusos, mas ó menos lejanos de una esperanza suprema.

Así como el sol se reproduce en las superficies de los lagos y se repite en las olas del mar, y se finge en las nubes y refleja en las montañas, así la verdadera esperanza, la única, se refleja en las sombras de nuestros deseos.

Lo que en la luz son reflejos, en la esperanza son presentimientos.

Vamos sucesivamente tomando las imágenes que se nos presentan por el original que buscamos, y cada esperanza que consumimos, nos damos una palmada en la frente exclamando: « No era esto lo que buscaba. »

Suponed á un hombre enamorado profundamente de una mujer que ha visto en sueños.

(No hay necesidad de suponerlo, porque los hombres no se enamoran de lo que ven, sino de lo que sueñan).

Este hombre corre el mundo en busca de la realidad de su sueño; cada mujer que encuentra es un retrato de su original, es decir, una esperanza de su deseo.

La primera que distingue se le presenta de espaldas. Aquel es su aire, aquellos son los movimientos suaves de su cabeza, aquella es.

Se acerca á ella, coge su mano, y cuando va á estrecharla contra su corazón, alza los ojos y... adios esperanza, no era.

Entre la multitud se dibuja un perfil correcto, media sonrisa llena de gracia, una ceja perfecta y un ojo brillante.

Aquella es. Corre, se acerca, la mira frente á frente, y... adios otra esperanza: tampoco era.

La tercera es otra esperanza desvanecida, porque tampoco es.

Así le da una vuelta al mundo; que el mundo es redondo para que el hombre no pueda hacer en él mas que dar vueltas; y vuelve al terminar su viaje, como si dijéramos al terminar su vida, seguro de que no está sobre la tierra.

Esto sucede con las ideas, con los sistemas, con las pasiones y con los placeres.

La esperanza es la prueba evidente de que existe una cosa que todos buscamos y que nadie encuentra.

Las esperanzas humanas son los ecos de una inmensa felicidad que nos llama desde muy lejos.

Por eso la esperanza es siempre risueña como el cielo, brillante como el cielo, azul como el cielo. Por eso está como el cielo suspendida en el aire. Una esperanza fundada, no verdaderamente es una esperanza, sino una probabilidad.

Para verla bien hay que cerrar los ojos á todo. Entonces dirige los ojos hacia otro mundo: allí debe estar.

La inocencia se disipa, el amor nos abandona, la ambicion nos deja, los placeres se cansan de nosotros, la

hermosura nos olvida, hasta los vicios suelen volvernos la espalda. Ella jamás nos abandona.

¡ Qué solos nos encontraría la muerte, si la esperanza no se quedara á recoger el último aliento de la vida!

J. S.

Herold.

El autor de *Zampa*, de esa ópera de crédito europeo, nació en Paris durante la revolucion francesa, que arrulló el primer sueño de tantos otros genios, mecío su cuna al nacer. Huérfano desde muy joven, se dedicó al estudio de la música. Sus primeros pasos en la carrera del arte fueron rápidos. Adivinaba en lugar de aprender.

En 1812, marchó pensionado á Italia. Roma imprimió en su alma el sello de grandeza de sus ruinas.

En Nápoles bajó por primera vez al palenque escénico *La Gioventú di Enrico Quinto*, ópera suya, ejecutada en 1814 en el teatro Lírico de esta ciudad, obtuvo un éxito tan lisonjero como inesperado. Cuando el público italiano miraba con marcada prevencion todo lo que provenia de la escuela francesa, arrancarle una hoja de laurel para la corona de sus intérpretes, era un verdadero triunfo.

Vuelto ya á su patria, uno de los mas célebres compositores lo asoció á sus tareas. La ópera cómica, titulada: *Charles de France*, fué escrita en su colaboracion por *Boieldieu*.

Rosieres: hé aquí el primer trabajo importante con que se dió á conocer al público de Paris. La parte literaria de esta ópera cómica vale muy poco: su colorido carece de vigor, sus ideas son triviales, su argumento vulgar. No obstante, se escuchó con agrado y fué aplaudida en algunos pasajes, gracias á la música; pero muy pronto cayó en el olvido.

La Clochette, le Premier venu, les Troqueurs y algunas otras de mas escaso interés, fueron las obras que en el intervalo de dos ó tres años siguieron á *Rosieres*. Aunque concienzudamente escritas y sembradas de algunos toques felices, fueron acogidas con frialdad ó disgusto. Herold se encontraba estrecho en el reducido círculo de accion de aquellos libros, esencialmente cómicos en sus tendencias, y las mas veces absurdos y disparatados en su trama.

Las empresas comenzaron á dudar de su talento; los escritores le hacian responsable del mal éxito de sus obras, y Herold, reducido á la desesperacion y á la impotencia, no pudiéndose revelar, faltar de un poeta que lo comprendiese, se encerró en el mas absoluto silencio por espacio de algunos años.

Durante este tiempo obtuvo la plaza de maestro de coros en el teatro de la Opera italiana.

El astro de la gloria de Rossini brillaba entonces en todo su majestuoso esplendor.

Deslumbrado por él, resolvió lanzarse de nuevo á la palestra. El poco ó ningún éxito de *Marie*, opereta escrita completamente á imitacion del estilo italiano, le convenció, por último, de que tampoco era aquel su terreno.

Tres años se pasaron antes que viniese á su poder un nuevo libro, cuya idea despertase un eco en su alma de artista. La lectura de *l'illusion* le hizo concebir el deseo de tornar nuevamente al rudo combate que habia emprendido con la indiferencia del público.

En efecto, la partitura de *l'illusion*, obra ligera, pero de formas originales y delicadas, obtuvo un éxito brillante. Mas este triunfo, aunque lisonjero, no satisfacía á su conciencia musical. Herold no ignoraba que su genio estaba llamado á desenvolverse en un campo mas elevado, mas digno. ¿ Pero cuándo? Hé aquí lo que se preguntaba en el instante en que lo hemos dado á conocer á nuestros lectores; hé aquí lo que llenaba su alma de tristeza y melancolía, porque como á todos los que perecen arrebatados por una muerte prematura, un presentimiento vago é instintivo le decia inc santamente que su hora suprema no estaba lejos. ¡ Y morir desconocido! Morir sin gloria!... Esto era horrible.

De repente el eco de una voz amiga sacó al músico de su doloroso éxtasis. La noche habia cerrado oscura y nebulosa. — ¿ Quién va?.. preguntó sobresaltado, oyendo el áspero chirrido de la puerta de su gabinete, que gemia al abrirse. — Soy yo, respondió el interpelado, no quien va, sino quien viene á hablarte de un asunto formal, superlativamente formal, formalísimo. Herold, con su habitual sonrisa, suave expresion de bondad y de tristeza, le señaló un asiento al nuevo personaje, el cual, despues que un criado hubo traído luces, comenzó de este modo.

— Yo he escrito una ópera: he formado un cuerpo inanimado aun; pero capaz de contener un alma grande. Falta que el genio de la armonía le infunda la vida con su soplo misterioso. ¿ Cuál es el carácter de este libro? ¿ qué género de música le conviene? preguntas son estas á que yo no puedo responder sino con una imagen.

Figurate que al borde de un camino hallas una piedra vestida de verdura y esmaltada de azules campanillas, en derredor de cuyos cálices zumba una nube de bulliciosos y transparentes insectos con alas de oro y de luz: figurate que los ojos de la mujer que adoras y que camina dulcemente apoyada en tu brazo, se fija en una de aquellas flores que tú te apresuras á coger; pero al separar las verdes hojas con tus manos, hallas debajo del riente velo de esmeraldas la losa de un sepulcro. Esto es mi obra. ¿ Sabrás tú comprenderla? ¿ Tú que

has vivido en Italia, tú que has visto á Nápoles, donde su acción se desenvuelve palpitante, encendida como la atmósfera de fuego de aquel país?

¡Italia! ¡Nápoles! al oír estas dos palabras, la mirada del músico se iluminó con un suave reflejo de felicidad, la inspiración resplandecía al través de sus facciones, como la luz de una lámpara de alabastro.

¡Que si la comprenderé! escuchaba... respondió animándose á medida que hablaba de esto; hace bastante tiempo, pero el recuerdo de aquella tarde es la fuente de mis inspiraciones aun no reveladas y existirá cuanto yo exista, presente en mi memoria. Vivía en Nápoles, contaba apenas veinte y un años, cuando comenzó á anunciarse por las sencillas gentes de los pueblos vecinos al Vesuvio, que se preparaba una espantosa erupción del terrible volcán.

— ¿En qué conoces, le pregunté á una aldeana, que el fuego hierva oculto en el seno de la tierra, próximo á estallar en raudales de lava y humo?

— Miradlo, respondió, en que los lirios de mi jardín se mecen sin que suspire la brisa del golfo.

Has comprendido mi pensamiento, exclamó Melesville, pues no era otro el entusiasta amigo de Herold; ese es mi sueño: fundir en una sola concepción la esperanza y la duda, la alegría y el llanto, la luz y las tinieblas, la chispeante copa de oro del festín y el helado féretro de plomo del funeral; idea gigante, á que solo Shakespeare pudo encontrar la fórmula en sus terribles creaciones. Toma, lee, estudia tú mi libro, pues solo tú sabrás darle la verdadera interpretación; y diciendo esto, el poeta arrojó sobre el piano el manuscrito, original de Zampa. La ilusión del músico acababa de realizarse por completo.

Un año después de esta célebre noche se puso en escena la obra. Cuál fué su éxito, todo el mundo lo sabe.

Herold pudo al fin ceñir el laurel á su frente, abrasada por la calentura; pero el terrible presentimiento de morir sin ser comprendido, clavado en su alma como una saeta, dejó en ella al desprenderse una ancha herida, y tres años más tarde, cuando acababa de obtener un nuevo triunfo con la brillante partitura de *le Pré aux clercs*, bajó al sepulcro devorado por la tisis.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

Anacreóntica.

Al son de las castañas,
Que saltan en el fuego
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y juguemos,
Siquiera el Capricornio
Tire lanzas del hielo,
Mal agüero á casados,
Buen auspicio á solteros.
Enemigo de Baco,
Cuando estaba en el suelo,
Destrozándole vides,
Rumiándole sarmientos,
Y agora no tan dócil,
Que no procure vernos,
Aguados con mil aguas,
Y helados con mil hielos.
Yo apostaré, mi Lesbia,
Que si le diese el cielo
Poder en causa propia,
Que nos hiciese yermos.
¡Oh, cómo el insolente
Diera fin al viñedo,
Y juntamente en Darro
Con todos los sedientos!
Porque daños mayores
Se le siguen al cuerpo
Beber tus aguas, Tajo,
Que echarse en las del Ebro.
Pero ya que los astros
Mejor que esto le hicieron;
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia y juguemos.

ESTEBAN DE VILLEGAS.

Estudios de costumbres.

EL SUEÑO DE LA MARQUESA.

(Conclusion.)

— ¡Oh! ¡Si mi otro enfermo se curase tan fácilmente! dijo el doctor al separarse del lado de aquella y exhalando un suspiro profundo.

Cuando á la mañana siguiente se despertó la marquesa, halló á su cabecera á Luisa, que la había velado toda la noche. Al principio creyó que había tenido una espantosa pesadilla; después reuniendo sus recuerdos, no le quedó duda de la triste realidad, y pidió en seguida su ropa para vestirse.

Las súplicas de la jóven no consiguieron hacerla desistir de su propósito; púsose una bata de seda, se echó encima un sehall de cachemir y un velo, y con paso firme y decidido se encaminó á casa de Ricardo. El cura y el doctor estaban en la alcoba cuando la marquesa penetró en ella.

— No entre Vd., señora, dijo el primero, queriendo impedirselo.

— Al contrario, replicó el segundo. Es mi única esperanza.

El conde estaba acostado en una de esas elevadas camas de columnas que á fines del siglo último eran tan de moda en Francia. Rojo y arrebatado, su semblante revelaba la calentura que le consumía; sus cabellos en desorden, sus ojos extraviados, su boca entreabierta por una risa convulsiva, hacían ver desde luego que el facultativo no había exagerado su situación. Uno de sus brazos vendado y fuera de las sábanas, indicaba que acababan de sangrarle; y merced á este remedio, el herido parecía más tranquilo en aquellos momentos.

— Sí, padre mio; decía Ricardo, creyendo hablar con el cura. La amé desde que la ví; hasta entonces mi corazón no había latido nunca; hasta entonces, ¡á los veinte y ocho años!... no sabía lo que era amor. Al contemplarla experimenté una sensación extraña, desconocida, inexplicable! En un instante mis ideas se engrandecieron, y mi inteligencia se iluminó con una luz divina; en un instante comprendí muchas cosas que antes no comprendía ni imaginaba siquiera; en un instante, volviendo la vista hacia mi mismo, me avergoncé de ser como soy, indigno de ella, incapaz de merecerla y de alcanzarla. Por primera vez se apoderó de mi alma una desesperación violenta, y sentí un profundo, un inmenso, un incurable dolor. ¡Si supiera Vd., padre mio, cuánto sufrí al notar su sonrisa sarcástica y burlesca; al advertir su mirada desdeñosa y despreciativa!... ¡Y luego, aquel día que se negó á recibirme, manifestando que me tenía en menos que á todos los demás, fué mi pena tan viva que no sé cómo no me volví loco!

Al pronunciar estas palabras, acometióle un acceso terrible, rechinó los dientes, apretó los puños y se golpeó con ellos fuertemente el rostro gritando entre una carcajada histérica:

— ¡Loco, loco!... ¡Pero ahora sí que lo estoy!

Y mesábase los cabellos, y desgarraba sus vendas con incomparable furia.

El cura, el médico y los criados conseguían á duras penas sujetarle.

En un rincón del aposento, el pobre huérfano á quien el conde había recogido, observaba aquella triste escena con una curiosidad mezclada de terror. Después, cuando el enfermo se hubo calmado un tanto, el niño se acercó á la marquesa, y con su voz clara y argentina, aunque en tono de severa reconvención, la dijo:

— ¡Tú tienes la culpa, tú!

Sin duda esta acusación de la desvalida criatura, respondió al grito de su conciencia, porque Elena cayó de rodillas al pié del lecho, exclamando con angustia:

— ¡Perdon! ¡Perdon! ¡Perdon!

Al oír aquellos acentos el conde se estremeció, é incorporándose en la cama, miró á la que los acababa de pronunciar.

— ¡Tú aquí! dijo con asombro.

— ¡Sí, yo, yo! murmuró Elena sollozando.

Ricardo la contempló un instante atónito, y volviéndose hacia el médico le preguntó:

— ¿Porqué llora?

— Lloro por el daño que involuntariamente he causado.

— Pues que no llore, repuso con dulzura. ¿Qué importa que yo muera? ¿De qué servía mi estéril existencia? ¡Ella, al contrario, me ha arrancado de mi idiotismo y de mi embrutecimiento; ella me ha hecho conocer que existen para el hombre placeres y deberes que yo no comprendía; ella me ha descubierto que el corazón humano es un tesoro de inefables delicias! ¡No; que no llore; que no me pida perdón! ¡Yo moriré contento si me ofrece derramar sobre mi tumba una sola lágrima.

Y al hablar así, un dulce llanto humedeció sus ojos. Elena, fuera de sí, se acercó al jóven, asió una de sus manos, la llevó á sus labios con respeto, y le dijo con voz trémula:

— ¡Vive! ¡vive... para mí!...

Ricardo lanzó un grito, y cayó sobre el lecho frío é inanimado.

— ¡Señora, exclamó el cura acercándose á la marquesa, señora, Vd. le ha muerto!

— No, repuso el doctor; no, nadie se ha muerto aun de alegría ni de felicidad.

haya dicho. Usted no quería darse por entendida, y yo creía que bastaba con dárselo á entender. De aquí nació entre nosotros una pugna insensata, porque usted se empeñaba en que hablase, y este endurecido pecador en que no había de hablar. — Usted improvisó una comedia muy linda, y yo tuve el mal gusto de no aceptar el papel que me señalaba en ella. — ¿Qué cosa más bonita para un solterón de cuarenta y ocho años que perseguir á una viuda de veinte y cuatro, que solo desea ser perseguida?

» Por espacio de dos ó tres meses ambos nos hemos atormentado recíprocamente; yo no quería dar mi brazo á torcer, y luchaba como un condenado con mi orgullo. Usted me buscaba á mí, aparentando que me huía; yo fui á buscarla á Vd. á Pancorbo, mientras Vd. me esperaba en Vitoria. De esto resultó una mala inteligencia, y después una grosería, de que la pido á Vd. perdón.

» Pronunciado este *mea culpa*, solo espero oír el *ego te absolvo* para volar á los piés de Vd. con toda la ligereza que me permitan mis años y la obesidad que se me va presentando como indicio de ellos. Una vez en esa posición, que antes he llamado incómoda, pero que junto á Vd. me parecerá el colmo de la comodidad, no me levantaré hasta que me haya prometido llamarse, lo antes posible, duquesa de Río-Florido y de Santa Pau.

» Con que, señora, dos líneas, aun menos, dos palabras que digan solamente «venga Vd.» y dejaré París por Pancorbo, seguro de que Pancorbo me parecerá preferible á París. Bien sé que merezco castigo; pero, por Dios, no castigue Vd. á su apasionado

» EL DUQUE DE RÍO-FLORIDO.

Apenas hubo leído esta carta la marquesa, tomó papel y pluma y trazó las siguientes líneas:

«No venga Vd. — Me caso con el conde de Pancorbo dentro de dos semanas.»

Y firmó sin vacilar esta renuncia, esta abdicación de la corona ducal con que había soñado tanto tiempo.

Un ligero suspiro fué, sin embargo, la oración fúnebre de sus ilusiones malogradas.

CONCLUSION.

En efecto, quince días después, ya restablecido el conde, se verificó el matrimonio en la modesta iglesia de Pancorbo: el buen cura les dió la bendición nupcial, siendo padrinos el alcalde y la alcadesa, y testigos el médico y el herrador.

No hubo fiestas magníficas para celebrar este enlace; pero en cambio los pobres y los enfermos bendijeron todos á los nuevos esposos, que habían hecho llegar hasta ellos su munificencia y su caridad.

A la mañana siguiente, Ricardo recibió por el correo un pliego sellado con lacre negro y procedente de Francia. Era una carta del notario de su tío el duque de Gramarance, en la que le anunciaba el fallecimiento casi repentino de este, y le acompañaba copia del testamento abierto en virtud del cual le instituía único y universal heredero de sus títulos y bienes.

El conde vertió algunas lágrimas á la memoria del que le dejaba tantas y tan elocuentes pruebas de su afecto y de su ternura.

Elena, que no tenía los mismos motivos que su marido para llorar, dejó escapar un suspiro... de alegría. Al fin su sueño se había realizado; ya era duquesa y rica, y podrá vencer y humillar en Madrid á sus insolentes rivales!

En cuanto al duque de Río-Florido, se consoló de su derrota casándose también en París con una bailarina... con la mano izquierda.

Elena y Ricardo se hallan actualmente en el castillo de Gramarance, á donde han ido á recoger la pingüe herencia de su tío. Allí pasarán la luna de miel y el verano, y el invierno próximo vendrán á Madrid á deslumbrar á todos con su fausto y su opulencia el uno; con su hermosura y su elegancia la otra.

PEDRO FERNANDEZ.

El ferro-carril de Alejandría al Cairo.

Un viajero francés agregado á la expedición de China ha escrito á París una correspondencia de la que extractamos los párrafos siguientes:

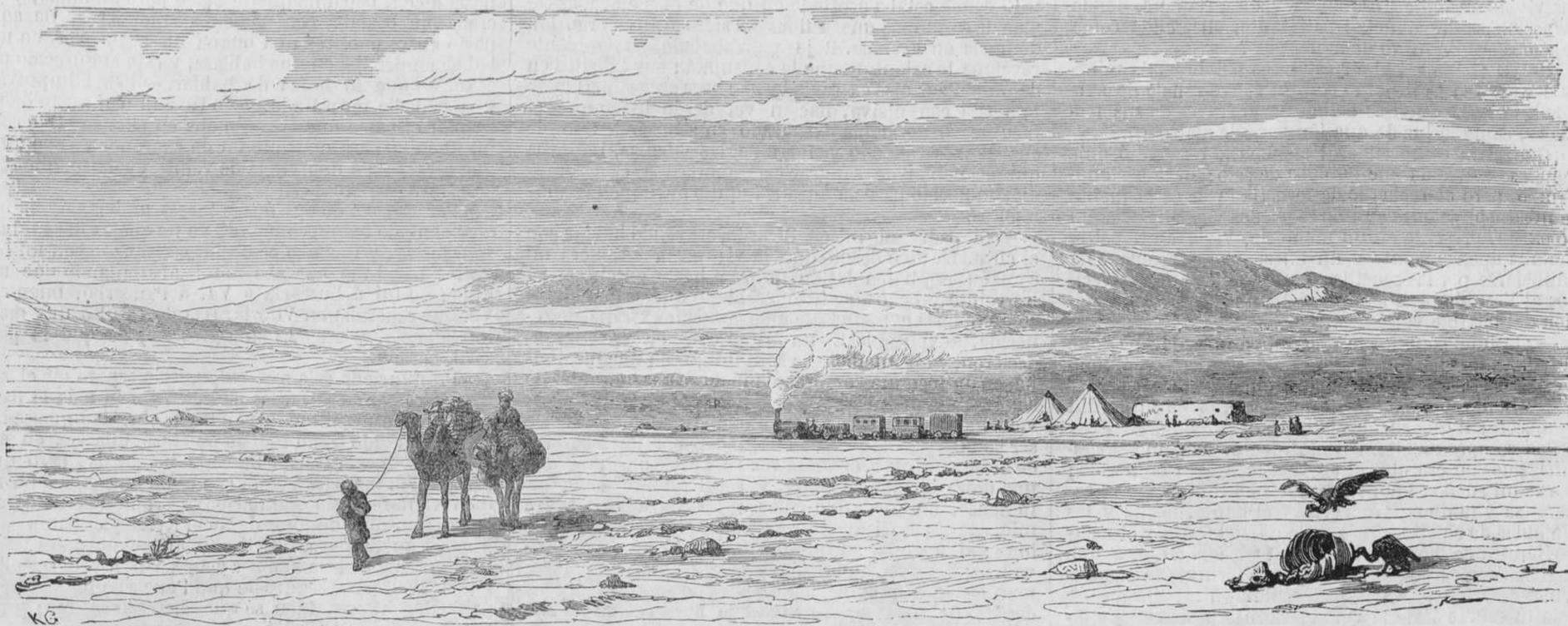
«Habiendo salido de Marsella el 29 de diciembre de 1859, el 5 de enero de 1860 á las seis de la mañana estábamos á la vista de Alejandría; un piloto llegó á bordo y una hora después nos despedíamos del *Vectis*. Entonces por primera vez perdimos del trato que acostumbraba á dar la compañía peninsular oriental. El vapor se queda lejos del muelle de desembarco, y una porción de botes gobernados por negros, turcos y árabes, á cual menos vestidos, corren al buque y se apoderan de los pasajeros. El francés, viajero novicio, reclama su equipaje, pregunta el precio del paso en el bote y el sitio en donde debe desembarcar. ¡Trabajo inútil! le empujan, le embarcan y le arrojan al muelle con su saco de noche, la única cosa que le ha permitido guardar la compañía. Uno de nuestros remeros, nubiano más negro que la tinta, nos hizo un ademán que significa en todos los países; pagar lo que es debido. Le dí dos chelines y se quedó asustado. En el momento en que desembarcamos, un turco mejor vestido que los otros, me preguntó si había pagado el bote.

XVIII

Durante algunos días, y á pesar de la profecía del facultativo, ofreció el propio riesgo la vida del herido; pero los tiernos cuidados que se le prodigaron; la vista de Elena, que no se apartó un momento de su lado, y quizás más que nada su robustez y su juventud, triunfaron completamente del mal. Una mañana el doctor declaró que el señor conde se hallaba fuera de peligro, y que había entrado en el período de la convalecencia.

Al volver á poco Elena á su casa, penetrada de júbilo y de reconocimiento, encontró una carta con sello de París, y conoció al punto la letra del duque. Hé aquí el contenido de aquella:

«Si yo fuese, señora un poeta sentimental ó un novelista romántico, comenzaría esta epístola diciendo que la escribo de rodillas, en la actitud humilde y contrita del que implora perdón. Pero semejante postura es sobremedida incómoda, y dudo que en ella pudiese escribir, ni que Vd. lo creyese. Así lo hago sentado prosaicamente delante de una mesa, no humedeciendo el papel con mis lágrimas, pero de todas veras arrepentido de mis tonterías pasadas. — Yo la amo á Vd. hace tiempo, y hace tiempo que Vd. lo sabe sin que yo se lo



UNA ESTACION DEL FERRO-CARRIL DE ALEJANDRIA AL CAIRO.

Al oír mi respuesta afirmativa, cogieron al pobre nubiano y le sacudieron con un látigo que no había más que pedir; el pasajero no tiene derecho para pagar á un mozo.

A doscientos pasos del sitio en donde habíamos dejado el bote, nos esperaba el convoy del ferro-carril, un convoy primitivo, imposible, que pasaba por una vía obstruida por una completa muchedumbre, que se levantaba para dejar correr el tren y volvía á tenderse cuando había pasado. El camino que sigue el rail-way es al pronto bastante monótono; á la derecha el Nilo ancho como una mar; á la izquierda llanuras inmensas; de tiempo en tiempo una aldea en medio de un bosquecillo de palmeras, y en la carretera que va por un lado, algunos grupos de egipcios conduciendo camellos y bueyes. A las once llegamos á la estación de Kafr-Ayat, donde la compañía da á los viajeros un almuerzo regular y veinte minutos de tiempo; un minuto después hay que estar marchando para el Cairo. Al partir de Kafr-Ayat el camino se hace muy bonito; es una serie de oasis, de aldeas con casitas blancas en medio de una vegetación vigorosa, de palmeras y cañaverales dulces; por todas partes se ven trabajadores, jinetes y camellos. El país es de una riqueza extraordinaria.

» Algunos momentos antes de llegar al Cairo distinguimos las pirámides. Eran las seis y la puesta del sol era magnífica; sus últimos rayos alumbraban á nuestra izquierda los innumerables minaretes del Cairo; á nuestra derecha veíamos las tres pirámides cuyas columnas gigantes se proyectaban sobre las arenas del desierto... No puede darse un espectáculo más grande é imponente.

A. C.

Estatua ecuestre de Napoleon III, ejecutada en Roma.

Damos aquí el dibujo de una estatua ecuestre de Na-

oleon III que acaba de terminar en Roma el artista francés M. Clesinger. Esta estatua tiene veinte pies de altura, y según escriben de Roma su exposición ha sido un verdadero acontecimiento artístico. En cuanto á su

erección, lo único que podemos decir á nuestros lectores es que no tendrá lugar en Francia, porque el emperador se muestra opuesto á esta clase de homenajes.

Ultimamente el municipio de Brest pidió permiso para erigir á Napoleon III una estatua ecuestre, y el ministro del Interior contestó al ayuntamiento con la siguiente carta que el emperador había dirigido á S. E. para que no se llevase á cabo la referida obra. Hé aquí el contenido de esta carta :

« Señor ministro :

» La ciudad de Brest os ha pedido licencia para levantarme una estatua ecuestre. Agradezco muchísimo este paso, que es una nueva prueba de adhesión á mi persona; pero deseo mantener en esta circunstancia la tradición en su principio.

» En general no se elevan estatuas ecuestres sino á los soberanos, y esto después de su muerte.

» Es bueno, en efecto, que ese homenaje popular no parezca una lisonja transitoria, sino que parezca un efecto permanente de gratitud.

» Deseo pues, que dando gracias al consejo municipal que ha tomado la iniciativa de esa proposición, le hagais conocer mi deseo de que no se lleve á cabo el propósito. Si en Burdeos se ha permitido la erección de una estatua ecuestre hace dos años, es porque lo he ignorado yo, y se ha hecho sin mi permiso.

» Sin más, pido á Dios os tenga en su santa guarda.

» Firmado,

» NAPOLEON.»



ESTATUA ECUESTRE DE NAPOLEON III, modelada en Roma por M. Clesinger.